

PRIMERA DE CORINTIOS

La iglesia de Corinto tenía algunos judíos, pero más gentiles, y el apóstol tuvo que luchar con la superstición de unos y la conducta pecaminosa de otros. La paz de esta iglesia era perturbada por falsos maestros que saboteaban la influencia del apóstol. Resultaron dos bandos: uno que defendían celosamente las ceremonias judías, el otro que se permitía excesos contrarios al evangelio, a los cuales eran llevados, especialmente, por la lujuria y los pecados que los rodeaban. Esta epístola se escribió para reprender la conducta desordenada, de lo cual se había informado al apóstol, y para aconsejar acerca de algunos puntos sobre los que los corintios solicitaron su juicio. De modo que, el alcance era doble. —1. Aplicar remedios apropiados a los desórdenes y abusos que prevalecían entre ellos. —2. Dar respuesta satisfactoria a todos los puntos sobre los cuales se deseaba su consejo. El discurso es muy notable por la mansedumbre cristiana, si bien es firme, con que escribe el apóstol, y por ir desde las verdades generales directamente a oponerse a los errores y mala conducta de los corintios. Expone la verdad y la voluntad de Dios acerca de diversas materias con gran fuerza argumentativa y animado estilo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *Saludo y agradecimiento.* 10—16. *Exhortación al amor fraternal, y reprensión por las divisiones.* 17—25. *La doctrina del Salvador crucificado, que promueve la gloria de Dios,* 26—31. *y humilla a la criatura ante Él.*

Vv. 1—9. Todos los cristianos son dedicados y consagrados a Cristo por el bautismo, y tienen la obligación estricta de ser santos, porque en la Iglesia *verdadera* de Dios están todos los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, y que le invocan como el Dios manifestado en carne, para todas las bendiciones de la salvación; los cuales le reconocen y obedecen como Señor de ellos, y Señor de todo; no incluye a otras personas. El cristiano se distingue del profano y del ateo, porque no osa vivir sin oración; y se puede distinguir de los judíos y paganos en que invoca el nombre de Cristo. —Nótese con cuánta frecuencia repite el apóstol en estos versículos las palabras, nuestro Señor Jesucristo. Temía no mencionarlo con bastante honra y frecuencia. El apóstol da su saludo habitual a todos los que invocan a Cristo, deseando de Dios, para ellos, la misericordia que perdona, la gracia que santifica, y la paz que consuela, a través de Jesucristo. —Los pecadores no pueden tener paz de Dios, ni nada de Él, sino por medio de Cristo. —Da gracias por la conversión de ellos a la fe de Cristo; esa gracia les fue dada por Jesucristo. Ellos habían sido enriquecidos por Él con todos los dones espirituales. Habla de palabras y conocimiento. Donde Dios ha dado estos dos dones, ha dado gran poder para el servicio. Estos eran dones del Espíritu Santo, por los cuales, Dios daba testimonio de los apóstoles. —Los que esperan la venida de nuestro Señor Jesucristo, serán sostenidos por Él hasta el final; éstos serán sin culpa en el día de Cristo, hechos así por la rica y libre gracia. ¡Qué gloriosas son las esperanzas de tal privilegio: estar resguardados por el poder de Cristo del poder de nuestras corrupciones y de las tentaciones de Satanás!

Vv. 10—16. Sed unánimes en las grandes cosas de la religión; donde no hay unidad de sentimiento, que haya al menos unión del afecto. El acuerdo en las cosas grandes debiera hacer menguar las divisiones sobre las menores. Habrá unión perfecta en el cielo y, mientras más nos acerquemos a ella en la tierra, más cerca llegaremos de la perfección. —Pablo y Apolos eran ambos fieles ministros de Jesucristo, y ayudantes de su fe y gozo; pero los que estaban dispuestos a ser beligerantes, se dividieron en bandos. Tan sujetas están las mejores cosas a corromperse, que el evangelio y sus instituciones son hechos motores de discordia y contención. Satanás siempre se ha propuesto estimular la discordia entre los cristianos, como uno de sus principales ingenios contra el evangelio. —El apóstol le dejó a los otros ministros el bautismo, mientras que él predicaba el evangelio, como obra más útil.

Vv. 17—25. Pablo había sido criado en el saber judío; pero la clara predicación de Jesús crucificado era más poderosa que toda la oratoria y filosofía del mundo pagano. Esta es la suma y la sustancia del evangelio. Cristo crucificado es el fundamento de todas nuestras esperanzas, la fuente de todo nuestro gozo. Nosotros vivimos por su muerte. La predicación de la salvación de los pecadores perdidos por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, si se explica y aplica fielmente, parece locura para los que van por el camino de la destrucción. El sensual, el codicioso, el ambicioso, el orgulloso, por igual, ven que el evangelio se opone a sus empresas preferidas. Pero los que reciben el evangelio, y son iluminados por el Espíritu de Dios, ven más de la sabiduría y el poder de Dios en la doctrina de Cristo crucificado, que en todas sus otras obras. —Dios dejó a una gran parte de la humanidad librada a seguir los dictados de la razón jactanciosa del hombre, y el hecho ha demostrado que la sabiduría humana es necedad, e incapaz de encontrar o retener el conocimiento de Dios como Creador. Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Por la locura de la predicación, no por lo que justamente podría llamarse predicación loca, sino que la cosa predicada era locura para los hombres sabios según el mundo. El evangelio siempre fue, y será, necedad para todos los que van por el camino de la destrucción. El mensaje de Cristo, entregado con sencillez, ha sido siempre una piedra de toque por la cual los hombres pueden saber por qué camino viajan. Pero la despreciada doctrina de la salvación por fe en el Salvador crucificado, Dios en naturaleza humana que compra a la Iglesia con su sangre, para salvar a multitudes, a todos los que creen, de la ignorancia, el engaño y el vicio, ha sido bendecida en toda época. Los instrumentos más débiles que Dios usa, son más fuertes en sus efectos que los hombres más fuertes. No se trata que haya necedad o debilidad en Dios, sino que lo que los hombres consideran tales, superan toda su admirada sabiduría y poder.

Vv. 26—31. Dios no eligió filósofos, oradores, estadistas ni hombres ricos, poderosos e interesados en el mundo para publicar el evangelio de gracia y paz. Juzga mejor cuáles hombres y qué medidas sirven los propósitos de su gloria. —Aunque no son muchos los nobles habitualmente llamados por la gracia divina, ha habido algunos de ellos en toda época, que no se han avergonzado del evangelio de Cristo; porque las personas de todo rango necesitan la gracia que perdona. A menudo, el cristiano humilde, aunque pobre según el mundo, tiene más conocimiento verdadero del evangelio que los que han hecho del estudio de la letra de la Escritura el objeto de sus vidas, pero que la estudian como testigos de hombres más que como palabra de Dios. Hasta los niños pequeños logran tal conocimiento de la verdad divina como para silenciar a los infieles. La razón es que Dios les enseña; la intención es que ninguna carne se gloríe en su presencia. Esa distinción, la única en la cual podrían gloriarse no es de ellos mismos. Fue por la opción soberana y la gracia regeneradora de Dios que ellos estaban en Jesucristo por fe. Él nos es hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención: todo lo que necesitamos o podemos desear. Nos es hecho sabiduría para que por su palabra y su Espíritu, y de su plenitud y tesoros de sabiduría y conocimiento, podamos recibir todo lo que nos hará sabios para salvación, y aptos para todo servicio al que seamos llamados. Somos culpables, destinados al justo castigo; pero, es hecho justicia, nuestra gran expiación y sacrificio. Somos depravados y corruptos; Él es hecho santificación, la fuente de nuestra vida espiritual: de Él, la Cabeza, es dada a su cuerpo por su Espíritu Santo. Estamos esclavizados, y nos es hecho redención, nuestro Salvador y Libertador. Donde Cristo sea hecho

justicia para un alma, también es hecho santificación. Nunca absuelve de la culpa del pecado sin liberar de su poder; es hecho justicia y santificación, para que, al final, sea hecho redención completa; pueda liberar al alma del ser de pecado, y librar el cuerpo de las cadenas del sepulcro. Esto es para que toda carne, conforme a la profecía de Jeremías, capítulo ix, 23, pueda gloriarse en el favor especial, en la gracia absolutamente suficiente, y la preciosa salvación de Jehová.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *La manera sencilla en que el apóstol predica a Cristo crucificado.* 6—9. *La sabiduría contenida en esta doctrina.* 10—16. *No puede conocerse debidamente sino por el Espíritu Santo.*

Vv. 1—5. En su Persona, oficios y sufrimientos, Cristo es la suma y la sustancia del evangelio, y debe ser el gran tema de la predicación de un ministro del evangelio, pero no tanto como para dejar fuera otras partes de la verdad y de la voluntad revelada de Dios. Pablo predicaba todo el consejo de Dios. —Pocos saben el temor y el temblor de los ministros fieles por el profundo sentido de su propia debilidad. Ellos saben cuán insuficientes son, y temen por sí mismos. Cuando nada sino Cristo crucificado es predicado con claridad, el éxito debe ser enteramente del poder divino que acompaña a la palabra, y de esta manera, los hombres son llevados a creer, a la salvación de sus almas.

Vv. 6—9. Los que reciben la doctrina de Cristo como divina, y habiendo sido iluminados por el Espíritu Santo, han mirado bien en ella, no sólo ven la clara historia de Cristo, y a éste crucificado, sino los profundos y admirables designios de la sabiduría divina. Es el misterio hecho manifiesto a los santos, Colosenses i, 26, aunque anteriormente escondido del mundo pagano; sólo se le mostró en tipos oscuros y profecías distantes, pero ahora es revelado y dado a conocer por el Espíritu de Dios. —Jesucristo es el Señor de gloria, título demasiado grande para toda criatura. Hay muchas cosas que la gente no haría si conociera la sabiduría de Dios en la gran obra de la redención. Hay cosas que Dios ha preparado para los que le aman, y le esperan, cosas que los sentidos no pueden descubrir, que ninguna enseñanza puede transmitir a nuestros oídos, ni pueden aún entrar a nuestros corazones. Debemos tomarlas como están en las Escrituras, como quiso Dios revelárnoslas.

Vv. 10—16. Dios nos ha revelado sabiduría verdadera por su Espíritu. Esta es una prueba de la autoridad divina de las Sagradas Escrituras, 2 Pedro i, 21.

21. Véase, como prueba de la divinidad del Espíritu Santo, que conoce todas las cosas y escudriña todas las cosas, aun las cosas profundas de Dios. Nadie puede saber las cosas de Dios, sino su Espíritu Santo, que es uno con el Padre y el Hijo, y que da a conocer los misterios divinos a su Iglesia. Este es un testimonio muy claro de la verdadera divinidad y de la personalidad del Espíritu Santo. —Los apóstoles no fueron guiados por principios mundanos. Recibieron del Espíritu de Dios la revelación de estas cosas, y del mismo Espíritu recibieron su impresión salvadora. Estas cosas son las que declararon con un lenguaje claro y sencillo, enseñado por el Espíritu Santo, totalmente diferente de la afectada oratoria o palabras seductoras de la humana sabiduría. El hombre natural, el hombre sabio del mundo, no recibe las cosas del Espíritu de Dios. La soberbia del razonamiento carnal es tan opuesta a la espiritualidad como la sensualidad más baja. La mente santa discierne las bellezas verdaderas de la santidad, pero no pierde el poder de discernir y juzgar las cosas comunes y naturales. El hombre carnal es extraño a los principios, goces y actos de la vida divina. Sólo el hombre espiritual es una persona a quien Dios da el conocimiento de su voluntad. ¡Qué poco han conocido la mente de Dios por el poder natural! El Espíritu capacitó a los apóstoles para dar a conocer su mente. La mente de Cristo y la mente de Dios en Cristo nos son dadas a conocer plenamente en las Sagradas Escrituras. El gran privilegio de los cristianos es que tienen la

mente de Cristo, revelada a ellos por su Espíritu. Ellos experimentan su poder santificador en sus corazones y dan buen fruto en sus vidas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Los corintios son reprendidos por sus discusiones.* 5—9. *Los siervos verdaderos de Cristo nada pueden hacer sin Él.* 10—15. *Es el único fundamento, y cada uno debe cuidar lo que edifica sobre Él.* 16, 17. *Las iglesias de Cristo deben mantenerse puras y ser humildes.* 18—23. *No deben gloriarse en los hombres porque los ministros y todas las demás cosas son suyas por medio de Cristo.*

Vv. 1—4. Las verdades más claras del evangelio, en cuanto a la pecaminosidad del hombre y la misericordia de Dios, el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, expresadas en el lenguaje más sencillo, le vienen mejor a la gente que los misterios más profundos. Los hombres pueden tener mucho conocimiento doctrinal, pero ser sólo principiantes en la vida de fe y experiencia. —Las discusiones y la peleas sobre la religión son tristes pruebas de carnalidad. La verdadera religión hace pacíficos a los hombres, no belicosos. Hay que lamentar que muchos que debieran andar como cristianos, vivan y actúen demasiado como los otros hombres. Muchos profesantes y predicadores también, muestran que son carnales aún por discordias vanagloriosas, la ansiedad por entrar en debate, y la facilidad para despreciar a otros y hablar mal de ellos.

Vv. 5—9. Los ministros por los cuales discutían los corintios, eran sólo instrumentos usados por Dios. No debemos poner a los ministros en el lugar de Dios. El que planta y el que riega son uno, empleados por un Maestro, encargados de la misma revelación, ocupados en una obra y dedicados a una intención. Tienen sus dones diferentes del solo y mismo Espíritu, para los mismos propósitos; y deben ejecutar de todo corazón la misma intención. A los que trabajan más duro, les irá mejor. Los que sean más fieles, tendrán la recompensa mayor. Obran con Dios, para promover los propósitos de su gloria, y la salvación de almas preciosas; y Aquel que conoce su obra se ocupará de que no laboren en vano. Son empleados en su viña y en su casa y Él se ocupará cuidadosamente de ellos.

Vv. 10—15. El apóstol era un perito constructor pero la gracia de Dios lo hizo así. El orgullo espiritual es abominable; es usar los favores más grandes de Dios para alimentar nuestra vanidad, y hacer ídolos de nosotros mismos. Pero que todo hombre se cuide: puede haber mala edificación sobre un fundamento bueno. Nada debe ponerse encima sino lo que el fundamento soporte, y que sea de una pieza con él. No nos atrevamos a unir una vida meramente humana o carnal con la fe divina, la corrupción del pecado con la confesión del cristianismo. Cristo es la Roca de los tiempos, firme, eterno e inmutable; capaz de soportar, de todas maneras, todo el peso que Dios mismo o el pecador puedan poner encima de Él; tampoco hay salvación en ningún otro. Quite la doctrina de Su expiación y no hay fundamento para nuestras esperanzas. Hay dos clases de los que se apoyan en este fundamento. Algunos se aferran a nada sino a la verdad como es en Jesús, y no predicán otra cosa. Otros edifican sobre el buen fundamento lo que no pasará el examen cuando llegue el día de la prueba. Podemos equivocarnos con nosotros mismos y con los demás, pero viene el día en que se mostrarán nuestras acciones bajo la luz verdadera, sin encubrimientos ni disfraces. Los que difundan la religión verdadera y pura en todas sus ramas y cuya obra permanezca en el gran día, recibirán recompensa, ¡cuánto más grande! ¡Cuánto más excederán a sus deserciones! Hay otros cuyas corruptas opiniones y doctrinas y vanas invenciones y prácticas en el culto a Dios serán reveladas, desechadas y rechazadas en aquel día. Esto claramente se dice de un fuego figurado, no uno real, porque ¿qué fuego real puede consumir ritos o doctrinas religiosas? Es para probar las obras de cada hombre, los de Pablo y los de Apolos, y las de otros. Consideremos la tendencia de nuestras empresas, comparémoslas con la palabra de Dios, y juzguemos nosotros mismos para que no seamos juzgados por el Señor.

Vv. 16, 17. De otras partes de la epístola surge que los falsos maestros de los corintios enseñaban doctrinas impías. Tal enseñanza tendía a corromper, a contaminar, y a destruir el edificio que debe mantenerse puro y santo para Dios. Los que difunden principios relajados, que hacen impía a la Iglesia de Dios, se acarrearán destrucción a sí mismos. Cristo habita por su Espíritu en todos los creyentes verdaderos. Los cristianos son santos por profesión de fe y deben ser puros y limpios de corazón y de conversación. Se engaña al que se considera templo del Espíritu Santo, pero no se preocupa por la santidad personal o la paz y la pureza de la Iglesia.

Vv. 18—23. Tener una opinión elevada de nuestra propia sabiduría no es sino halagarnos y el halago de uno mismo es el paso que sigue al de engañarse uno mismo. La sabiduría que estiman los hombres mundanos es necedad para Dios. ¡Con cuánta justicia Él desprecia y con cuánta facilidad puede Él confundirlo e impedir su progreso! Los pensamientos de los hombres más sabios del mundo tienen vanidad, debilidad y necedad en ellos. Todo esto debe enseñarnos a ser humildes y ponernos en disposición para ser enseñados por Dios, como para que las pretensiones de la sabiduría y pericia humanas no nos descarríen de las claras verdades reveladas por Cristo. La humanidad es muy buena para oponerse al designio de las misericordias de Dios. —Obsérvese las riquezas espirituales del creyente verdadero: “Todas son tuyas” hasta los ministros y las ordenanzas. Sí, el mundo mismo es tuyo. Los santos tienen tanto de éste como la sabiduría infinita estime conveniente para ellos, y lo tienen con la bendición divina. La vida es tuya, para que tengas tiempo y oportunidad de prepararte para la vida del cielo; y la muerte es tuya para que puedas ir a poseerlo. Es el buen mensajero que te saca del pecado y de la pena y te guía a la casa de tu Padre. Las cosas presentes son tuyas para sustentarte en el camino; las cosas venideras son tuyas para deleitarte por siempre al final de tu viaje. Si pertenecemos a Cristo, y somos leales a Él, todo lo bueno nos pertenece y es seguro para nosotros. Los creyentes son los súbditos de su reino. Él es el Señor de nosotros, debemos reconocer su dominio y someternos alegremente a su mandato. Dios en Cristo, reconciliando a sí mismos al mundo pecador, y derramando las riquezas de su gracia sobre un mundo reconciliado, es la suma y la sustancia del evangelio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *El carácter verdadero de los ministros del evangelio.* 7—13. *Precauciones contra despreciar al apóstol.* 14—21. *Reclama la consideración de ellos como su padre espiritual en Cristo, y muestra su preocupación por ellos.*

Vv. 1—6. Los apóstoles sólo eran siervos de Cristo, pero no tenían que ser menospreciados. Se les había encargado una gran misión, y por esa razón, tenían un oficio honroso. Pablo tenía una justa preocupación por su reputación, pero sabía que aquel que apunta principalmente a complacer a los hombres, no resultará ser un siervo fiel de Cristo. Es un consuelo que los hombres no sean nuestros jueces definitivos. No es hacer un buen juicio de nosotros mismos, ni justificarnos lo que finalmente nos dará seguridad y felicidad. Nuestro propio juicio sobre nuestra fidelidad no es más confiable que nuestras propias obras para nuestra justificación. —Viene el día en que los pecados secretos de los hombres serán sacados a la luz del día, y los secretos de sus corazones quedarán al descubierto. Entonces, todo creyente calumniado será justificado, y todo siervo fiel será aprobado y recompensado. La palabra de Dios es la mejor regla por la cual juzgar a los hombres. No debemos envanecernos unos contra otros si recordamos que todos somos instrumentos empleados por Dios y dotados por Él con talentos variados.

Vv. 7—13. No tenemos razón para ser orgullosos; todo lo que tenemos o somos o hacemos, que sea bueno, se debe a la gracia rica y libre de Dios. Un pecador arrebatado de la destrucción por la sola gracia soberana, debe ser muy absurdo e incoherente si se enorgullece de las dádivas libres de Dios. San Pablo explica sus propias circunstancias, versículo 9. Se alude a los espectáculos crueles

de los juegos romanos, donde se forzaba a los hombres a cortarse en pedazos unos a otros, para divertir a la gente; y donde el triunfador no escapaba vivo, aunque debía destruir a su adversario, porque era conservado sólo para otro combate más, y, hasta que fuera muerto. Pensar que hay muchos ojos puestos sobre los creyentes, cuando luchan con dificultades o tentaciones, debe estimular el valor y la paciencia. “Somos débiles, pero somos fuertes”. Todos los cristianos no son expuestos por igual. Algunos sufren tribulaciones más grandes que otros. —El apóstol entra a detallar sus sufrimientos. ¡Y cuán gloriosas son la caridad y la devoción que los hacen pasar por todas estas aflicciones! Sufrieron en sus personas y caracteres como los peores y más viles de los hombres, como la inmundicia misma del mundo, que debía ser barrida; sí, como el desecho de todas las cosas, la escoria de todas las cosas. Todo aquel que desee ser fiel a Jesucristo debe prepararse para la pobreza y el desprecio. Sea lo que sea lo que sufran los discípulos de Cristo de parte de los hombres, deben seguir el ejemplo y cumplir los preceptos y la voluntad de su Señor. Deben estar contentos con Él y por Él, por ser sometidos a desprecios y abusos. Mucho mejor es ser rechazado, despreciado y soportar abusos, como fue San Pablo, que tener la buena opinión y el favor del mundo. Aunque seamos desechados del mundo por viles, aun así, seamos preciosos para Dios, reunidos con su propia mano y puestos en su trono.

Vv. 14—21. Al reprender el pecado debemos distinguir entre los pecadores y sus pecados. Los reproches que se hacen con bondad y afecto, pueden reformar. Aunque el apóstol hablaba con autoridad de padre, prefería rogarles con amor. Como los ministros, tienen que dar el ejemplo, los otros deben seguirlo mientras sigan a Cristo en fe y práctica. Los cristianos pueden errar y diferir en sus puntos de vista, pero Cristo y la verdad cristiana son los mismos ayer, hoy y por siempre. — Dondequiera que el evangelio sea eficaz, no sólo va de palabra, sino también con poder, por el Espíritu Santo, reviviendo pecadores muertos, librando a las personas de la esclavitud del pecado y de Satanás, renovándolos por dentro y por fuera, y consolando, fortaleciendo y confirmando a los santos, lo que no puede hacerse con palabras persuasivas de los hombres, sino por el poder de Dios. Y es una condición feliz que un espíritu de amor y mansedumbre lleve la vara, pero manteniendo una justa autoridad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *El apóstol culpa a los corintios de complicidad con una persona incestuosa, 9—13. y da órdenes en cuanto a la conducta hacia los culpables de delitos escandalosos.*

Vv. 1—8. El apóstol nota un abuso flagrante, ante el cual los corintios hacían la vista gorda. El espíritu festivo y la falsa noción de la libertad cristiana parecen haber salvado al hechor de la censura. Sin duda es penoso que a veces, los que profesan el evangelio cometan delitos de los cuales se avergonzarían hasta los paganos. El orgullo espiritual y las falsas doctrinas tienden a introducir y a diseminar tales escándalos. ¡Cuán temibles son los efectos del pecado! El diablo reina donde Cristo no reina. El hombre está en el reino y bajo el poder de Satanás cuando no está en Cristo. —El mal ejemplo de un hombre influyente es muy dañino: se disemina por todas partes. Los principios y ejemplos corruptos dañan a toda la iglesia si no se corrigen. Los creyentes deben tener nuevos corazones y llevar vidas nuevas. La conversación corriente de ellos y sus obras religiosas deben ser santas. Tan lejos está el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua, por nosotros de hacer innecesaria la santidad personal y la pública, que da poderosas razones y motivos para ella. Sin santidad no podemos vivir por fe en Él, ni unirnos a sus ordenanzas con consuelo y provecho.

Vv. 9—13. Los cristianos tienen que evitar la familiaridad con los que desprestigian el nombre cristiano. Los tales son compañía apta para sus hermanos de pecado, y en esa compañía deben ser dejados, cada vez que sea posible hacerlo. ¡Ay, que haya muchos llamados cristianos cuya conversación es más peligrosa que la de los paganos!

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Advertencias contra acudir a la ley de los tribunales paganos.* 9—11. *Pecados que excluyen del reino de Dios si se vive y muere en ellos.* 12—20. *Nuestros cuerpos, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, no deben ser contaminados.*

Vv. 1—8. Los cristianos no deben contender unos contra otros, porque son hermanos. Eso evitaría muchos juicios legales, y terminaría con muchas peleas y disputas, si se atendiera debidamente. En los asuntos que nos perjudican mucho a nosotros o a nuestra familia, podríamos recurrir a los medios legales para hacer justicia, pero los cristianos deben tener una actitud perdonadora. Juzgad vosotros los asuntos en disputa antes de ir a las cortes por ellos. Son fruslerías y pueden arreglarse fácilmente si uno vence primero su propio espíritu. Soportad y tolerad y los hombres de más sencillos entre vosotros pueden terminar la disputa. Da vergüenza que entre los cristianos, peleas de poca monta crezcan de tal manera, que los hermanos no puedan resolverlas. La paz mental del hombre y la tranquilidad de su prójimo valen más que la victoria. Los juicios legales no pueden tener cabida entre hermanos a menos que haya faltas en ellos.

Vv. 9—11. Se advierte a los corintios de muchos males grandes, de los cuales habían sido culpables anteriormente. Hay mucha fuerza en estas preguntas cuando consideramos que se dirigen a un pueblo envanecido con la ilusión de ser superior a los demás en sabiduría y conocimiento. Toda injusticia es pecado; todo pecado reinante, sí, todo pecado actual, cometido con intención, y del cual no se ha arrepentido, excluye del reino del cielo. No os engañéis. Los hombres se inclinan mucho a halagarse a sí mismos con que pueden vivir en pecado, pero morir en Cristo e irse al cielo. Sin embargo, no podemos esperar que sembrando en la carne cosechemos vida eterna. —Se les recuerda el cambio hecho en ellos por el evangelio y la gracia de Dios. La sangre de Cristo y el lavamiento de la regeneración pueden quitar toda culpa. Nuestra justificación se debe a los sufrimientos y los méritos de Cristo; nuestra santificación a la obra del Espíritu Santo, pero ambas van juntas. Todos los que son hechos justos a ojos de Dios, son hechos santos por la gracia de Dios.

Vv. 12—20. Algunos de los corintios parecen haber estado prontos para decir: “Todas las cosas me son lícitas”. Pablo se opone a este peligroso engaño. Hay una libertad con que Cristo nos ha hecho libres, en la cual debemos afirmarnos, pero con toda seguridad, el cristiano no debe ponerse nunca bajo el poder de un apetito carnal cualquiera. El cuerpo es para el Señor; debe ser instrumento de justicia para santidad, por tanto, no debe ser instrumento de pecado. Honra para el cuerpo es que Jesucristo fuera levantado de entre los muertos; y será honra para nuestros cuerpos que sean resucitados. La esperanza de la resurrección en gloria debe guardar a los cristianos de deshonorar sus cuerpos con lujurias carnales. —Si el alma se une a Cristo por fe, todo el hombre es hecho miembro de su cuerpo espiritual. Otros vicios pueden derrotarse con *lucha*; pero contra el que aquí se nos advierte, sólo es con *huida*. Enormes multitudes son cortadas por estos vicios en sus formas y consecuencias variadas. Sus efectos no sólo caen directamente sobre el cuerpo, sino con frecuencia en la mente. Nuestros cuerpos fueron redimidos de la merecida condenación y de la mísera esclavitud por el sacrificio expiatorio de Cristo. Tenemos que ser limpios, como vasos dignos para el uso de nuestro Maestro. Estando unidos a Cristo como un solo espíritu, y comprados a precio de indecible valor, el creyente debe considerarse como totalmente del Señor, por los lazos más fuertes. Que glorificar a Dios sea nuestra actividad hasta el último día y hora de nuestra vida, con nuestros cuerpos y con nuestros espíritus, que son de Él.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *El apóstol responde varias preguntas sobre el matrimonio.* 10—16. *Los cristianos*

casados no deben tratar de separarse de su cónyuge inconverso. 17—24. Las personas, en cualquier estado permanente, deben quedar en ese estado. 25—35. Era muy deseable, dados los días peligrosos, que la gente se desligara de este mundo. 36—40. Se debe emplear gran prudencia en el matrimonio; debe ser únicamente en el Señor.

Vv. 1—9. El apóstol dice a los corintios que es bueno que los cristianos se queden solteros, en esa circunstancia. Sin embargo, dice que el matrimonio, y las consolaciones de ese estado, han sido establecidos por la sabiduría divina. Aunque nadie puede transgredir la ley de Dios, aun esa regla perfecta deja a los hombres en libertad de servirle en la manera más apropiada a sus poderes y circunstancias, de las cuales los demás no suelen ser buenos jueces.

Vv. 10—16. Marido y mujer no deben separarse por ninguna otra causa que la permitida por Cristo. En aquella época el divorcio era muy corriente entre judíos y gentiles, con pretextos muy livianos. El matrimonio es una institución divina y es un compromiso de por vida por designio de Dios. Estamos obligados, en cuanto nos concierna, a vivir en paz con todos los hombres, Romanos xii, 18, por tanto, a promover la paz y el consuelo de nuestros parientes más cercanos, aunque sean incrédulos. Debe ser tarea y preocupación de los casados darse uno al otro la mayor comodidad y felicidad. ¿Debe el cristiano abandonar a su cónyuge cuando hay oportunidad para dar la prueba más grande de amor? Quédate y trabaja de todo corazón por la conversión de tu pareja. El Señor nos ha llamado a la paz en todo estado y relación; y todo debe hacerse para fomentar la armonía en cuanto la verdad y la santidad lo permitan.

Vv. 17—24. Las reglas del cristianismo alcanzan a toda condición; el hombre puede vivir en todo estado haciendo que ese estado tenga prestigio. Deber de todo cristiano es contentarse con su suerte, y conducirse en su rango y lugar como corresponde al cristiano. Nuestro consuelo y felicidad dependen de lo que somos para Cristo, no de lo que somos en el mundo. Ningún hombre debe pensar en hacer de su fe o religión un argumento para transgredir obligaciones civiles o naturales. Debe quedar contento y callado en la condición en que haya sido puesto por la providencia divina.

Vv. 25—35. Considerando la angustia de esos tiempos, el quedar soltero era lo mejor. Sin embargo, el apóstol no condena el matrimonio. ¡Cuánto se oponen al apóstol Pablo quienes prohíben a muchos casarse y los enredan con votos para permanecer solteros, sea que deban o no hacerlo así! —Exhorta a todos los cristianos a la santa indiferencia respecto del mundo. En cuanto a las relaciones: no deben poner sus corazones en los beneficios de su estado. En cuanto a las aflicciones: no deben caer en la tristeza según el mundo porque el corazón puede estar gozoso aunque esté en aflicción. En cuanto a los placeres del mundo: aquí no está su reposo. En cuanto a la ocupación mundana: los que prosperan en el comercio y aumentan su riqueza, deben tener sus posesiones como si no las tuvieran. En cuanto a todas las preocupaciones mundanales: deben mantener el mundo fuera de sus corazones para que no abusen de este cuando lo tengan en sus manos. Todas las cosas mundanas son puro espectáculo: nada sólido. Todo se irá rápidamente. La sabia preocupación por los intereses del mundo es un deber, pero completamente preocupado, estar ansiosos hasta la confusión, es pecado. —Con esta máxima el apóstol resuelve el caso si es o no aconsejable casarse. El mejor estado en la vida para el hombre es aquel que es mejor para su alma, y que le mantenga más a resguardo de los afanes y trampas del mundo. Reflexionemos en las ventajas y las trampas de nuestro propio estado en la vida para que podamos mejorar unas y escapar, en lo posible, de todo daño de parte de las otras. Sean cuales sean las preocupaciones que nos presionen, dejemos tiempo siempre para las cosas del Señor.

Vv. 36—40. Se piensa que el apóstol aconseja aquí sobre la entrega de las hijas al matrimonio. El significado general de este punto de vista es claro. Los hijos deben procurar y seguir las instrucciones de sus padres acerca del matrimonio. Los padres deben consultar los deseos de sus hijos, sin pensar que tienen poder para hacer con ellos y mandarlos como les plazca, pero sin razón. —Todo termina con consejo para las viudas. Los segundos matrimonios no son ilícitos, siempre que se tenga presente el casarse en el Señor. Al elegir relaciones y cambio de estados, siempre debemos

guiarnos por el temor de Dios y las leyes de Dios, actuando con dependencia de la providencia de Dios. El cambio de estado sólo debe hacerse luego de cuidadosa consideración, y sobre la base probable que será de provecho para nuestras preocupaciones espirituales.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *El peligro de despreciar mucho el conocimiento.* 7—13. *Lo malo de ofender a los hermanos débiles.*

Vv. 1—6. No hay prueba de ignorancia más corriente que el orgullo de ser sabio. Mucho puede saberse aunque nada se sabe con buen propósito. Los que piensan que saben todo, y se ponen vanidosos por eso, son los que menos probablemente hagan buen uso de su saber. Satanás daña a algunos tentándolos a enorgullecerse de poderes mentales, mientras a otros, los seduce con la sensualidad. El conocimiento que hincha a su poseedor y lo vuelve confiado es tan peligroso como el orgullo de la justicia propia, aunque lo que sepa pueda ser correcto. Sin afecto santo, todo conocimiento humano nada vale. —Los paganos tenían dioses de alto y bajo nivel; muchos dioses, muchos señores; así los llamaban, pero ninguno era de verdad. Los cristianos saben. Un Dios hizo todo y tiene poder sobre todo. El único Dios, el Padre, significa a la Deidad como el único objeto de toda adoración religiosa; y el Señor Jesucristo denota a la persona de Emanuel, Dios manifestado en carne, Uno con el Padre y con nosotros; el Mediador nombrado, y Señor de todo; por medio del cual vamos al Padre, y por medio del cual el Padre nos manda todas las bendiciones por el poder y la obra del Espíritu Santo. Al rehusar toda adoración a los muchos que son llamados dioses y señores, y a los santos y ángeles, probemos si realmente vamos a Dios por fe en Cristo.

Vv. 7—13. Comer una clase de alimentos, y abstenerse de otro, no tiene nada en sí como mérito de una persona ante Dios, pero el apóstol advierte el peligro de poner una piedra de tropiezo en el camino del débil; no sea que se atrevan a comer de lo ofrendado al ídolo, no como comida corriente, sino como sacrificio y, por ello, ser culpables de idolatría. El que tiene el Espíritu de Cristo en sí, amará a los que Cristo amó tanto que murió por ellos. El daño hecho a los cristianos se hace a Cristo; pero por sobre todo, el hacerlos sentirse culpables; herir sus conciencias es herirlo a Él. Debemos tener mucho cuidado de hacer algo que pueda producir tropiezo a otras personas, aunque eso sea en sí inocente. Si no debemos poner en peligro las almas ajenas, ¡cuánto más debemos cuidar no destruir la propia! Que los cristianos se cuiden de acercarse al abismo del mal, o a su apariencia, aunque muchos hagan esto en asuntos públicos, por lo cual quizá se defiendan. Los hombres no pueden pecar contra sus hermanos sin ofender a Cristo y poner en peligro sus propias almas.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—14. *El apóstol muestra su autoridad, y afirma su derecho a ser sustentado.* 15—23. *Desecha esta parte de su libertad cristiana por el bien de los demás.* 24—27. *Hizo todo con cuidado y diligencia, en vista de la corona incorruptible.*

Vv. 1—14. No es nada novedoso que a un ministro se le responda en forma nada amable a cambio de su buena voluntad hacia la gente, y por realizar un servicio diligente y exitoso entre ellos. Tenía derecho a casarse como los demás apóstoles, y a reclamar de las iglesias lo que fuera necesario para su esposa e hijos si los hubiera tenido, sin tener que trabajar con sus propias manos para obtenerlos.

A los que procuran hacer el bien a nuestras almas, hay que proveerles su alimentación. Pero renunció a su derecho para no impedir su éxito por el hecho de reclamarlo. Deber de la gente es mantener a su ministro. Pueden declinar su derecho, como hizo Pablo, pero transgreden un precepto de Cristo los que niegan o retienen el debido sostén.

Vv. 15—23. Gloria del ministro es negarse a sí mismo para servir a Cristo y salvar almas. Pero cuando el ministro renuncia a su derecho por amor del evangelio, hace más de lo que demandan su oficio y su cargo. Al predicar gratuitamente el evangelio, el apóstol demuestra que su acción está basada en principios de celo y amor y, de esa manera disfruta de mucho consuelo y esperanza en su alma. —Aunque consideraba la ley ceremonial como yugo quitado por Cristo, se sometía a ella de todos modos para trabajar entre los judíos, eliminar sus prejuicios, lograr que ellos oyeran el evangelio y ganarlos para Cristo. Aunque no transgredía las leyes de Cristo por complacer al hombre, sin embargo, él se acomodaba a todos los hombres, mientras pudiera hacerlo lícitamente, para ganar a algunos. Hacer el bien era la preocupación y actividad de su vida, y para alcanzar ese objetivo, no reclamaba sus privilegios. Debemos estar alertas contra los extremos, y confiarnos en cualquier cosa, salvo confiar solo en Cristo. No debemos permitir errores o faltas que hieran a los demás o perjudiquen el evangelio.

Vv. 24—27. El apóstol se compara con los corredores y los combatientes de los juegos ístmicos, bien conocidos por los corintios. Pero en la carrera cristiana todos pueden correr para ganar. Por tanto, este es el mayor aliento para perseverar en esta carrera con toda nuestra fuerza. Los que corrían en esos juegos, se mantenían con una dieta magra. Se acostumbraban a las dificultades. Se ejercitaban. Los que procuran los intereses de sus almas, deben pelear con fuerza contra las lujurias carnales. No se debe tolerar que mande el cuerpo. El apóstol enfatiza este consejo a los corintios. Expone ante sí mismo y ante ellos el peligro de rendirse a los deseos carnales, cediendo al cuerpo y a sus lujurias y apetitos. El santo temor de sí mismo era necesario para mantener fiel a un apóstol, ¡cuánto más se necesita para nuestra preservación! Aprendamos de aquí la humildad y la cautela, y a vigilar contra los peligros que nos rodean mientras estemos en el cuerpo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Los grandes privilegios de los israelitas, sin embargo, son arrojados al desierto.* 6—14. *Precauciones contra todos los idólatras y otras costumbres pecaminosas.* 15—22. *La participación en la idolatría no puede coexistir con la comunión con Cristo.* 23—33. *Todo lo que hacemos tiene que ser para la gloria de Dios y sin ofender la conciencia del prójimo.*

Vv. 1—5. El apóstol expone ante los corintios el ejemplo de la nación judía de antaño para disuadirlos de la comunión con los idólatras y de la seguridad en algún camino pecaminoso. Por milagro cruzaron el Mar Rojo, donde fue ahogado el ejército egipcio que los perseguía. Para ellos éste fue un bautismo típico. El maná del que se alimentaban, era un tipo de Cristo crucificado, el Pan que bajó del cielo, y los que de él comen vivirán para siempre. Cristo es la Roca sobre la cual se edifica la Iglesia cristiana; y de los arroyos que de ahí surgen, beben y se refrescan todos los creyentes. Esto tipifica las influencias sagradas del Espíritu Santo, dado a los creyentes por medio de Cristo. Pero que nadie presuma de sus grandes privilegios o de su profesión de la verdad: ellas no aseguran la felicidad celestial.

Vv. 6—14. Los deseos carnales se fortalecen con la indulgencia, por tanto, deben refrenarse en su primera aparición. Temamos los pecados de Israel, si queremos evitar sus plagas. Es justo temer que los que así tientan a Cristo sean dejados por Él en poder de la serpiente antigua. Murmurar contra las disposiciones y los mandamientos de Dios, es una provocación extrema. Nada en la Escritura ha sido escrito en vano, siendo sabiduría y deber nuestros, aprender de ella. Otros han

caído, así que nosotros podemos caer. El seguro cristiano contra el pecado es desconfiar de sí mismo. Dios no ha prometido impedir que caigamos si no nos cuidamos a nosotros mismos. Se agrega una palabra de consuelo a esta palabra de cautela. Los demás tienen cargas similares y tentaciones parecidas: nosotros también podemos soportar lo que ellos soportan y salir adelante. Dios es sabio y fiel, y hará que nuestras cargas sean según nuestra fuerza. Él sabe lo que podemos soportar. Dará una vía de escape; librará de la prueba misma o, por lo menos, de la maldad de esta. Tenemos un estímulo pleno para huir del pecado, y ser fieles a Dios. No podemos caer por la tentación, si nos aferramos a Él con fuerza. Sea que el mundo sonría o se enoje, es un enemigo; pero los creyentes serán fortalecidos para vencerlo, con todos sus terrores y seducciones. El temor del Señor en sus corazones será el mejor medio de seguridad.

Vv. 15—22. Unirse a la cena del Señor, ¿no muestra una profesión de fe en Cristo crucificado, y de agradecida adoración por su salvación? A los cristianos los unía esta ordenanza y la fe profesada por ella, como los granos de trigo en un pan, o como los miembros del cuerpo humano, viendo que todos están unidos a Cristo y tiene comunión con Él y unos con otros. Esto lo confirman la adoración y las costumbres judaicas del sacrificio. El apóstol aplica esto a comer con los ídólatras. Comer el alimento como parte de un sacrificio pagano era adorar al ídolo al cual se ofrecía, y confraternizar o tener comunión con éste; el que come la cena del Señor es contado como partícipe del sacrificio cristiano, o como los que comían de los sacrificios judíos participaban de lo ofrendado en su altar. Era negar el cristianismo, porque la comunión con Cristo y la comunión con los demonios no puede realizarse a la misma vez. Si los cristianos se aventuran a ciertos lugares y se unen a los sacrificios ofrecidos a la concupiscencia de la carne, a la concupiscencia de los ojos y a la vanagloria de la vida, provocan a Dios.

Vv. 23—33. Había casos en que los cristianos podían comer, sin pecar, lo ofrecido a los ídolos, como cuando el sacerdote, a quien se le había entregado, vendía la carne en el mercado como alimento corriente. Sin embargo, el cristiano no debe considerar sólo lo que es lícito, sino lo que es conveniente y edificar a los demás. El cristianismo no prohíbe en absoluto los oficios corrientes de la benignidad, ni permite la conducta descortés con nadie, por más que ellos difieran de nosotros en sentimientos y costumbres religiosos. Pero esto no se aplica a las festividades religiosas, a la participación en el culto ídólatra. Según este consejo del apóstol, los cristianos deben cuidar que no usen su libertad para perjudicar al prójimo o para su propio reproche. Al comer y al beber, y en todo lo que hagamos debemos apuntar a la gloria de Dios, a complacerle y honrarle. Este es el gran fin de toda religión, y nos sirve de dirección cuando no hay reglas expresas. Un espíritu piadoso, pacífico y benevolente desarmará a los más grandes enemigos.

CAPÍTULO XI

Versículo 1. *Luego de una exhortación a seguirle, el apóstol, 2—16. corrige algunos abusos, 17—22. y discusiones, divisiones y desorden en las celebraciones de la cena del Señor. 23—26. Les recuerda la naturaleza y el designio de su institución, 27—34. y les instruye sobre cómo participar en ella de la manera correcta.*

V. 1. El primer versículo de este capítulo parece apropiado para concluir el capítulo anterior. El apóstol no sólo predica la doctrina que ellos debían creer, pero llevó tal clase de vida como la que ellos debieran vivir. Dado que Cristo es nuestro ejemplo perfecto, las acciones y la conducta de los hombres, acerca de las Escrituras, debieran seguirse sólo en la medida que sean como las de Él.

Vv. 2—16. Aquí empiezan los detalles acerca de las asambleas públicas, capítulo xiv. Algunos abusos se habían introducido en la abundancia de dones espirituales concedidos a los corintios, pero como Cristo hizo la voluntad de Dios cuyo honra procuró, así el cristiano debe confesar su sumisión

a Cristo, haciendo su voluntad y procurando su gloria. Nosotros debemos, aun en nuestra vestimenta y hábitos, evitar toda cosa que pueda deshonrar a Cristo. —La mujer fue sometida al hombre porque fue creada como su ayuda y consuelo. Ella nada debe hacer en las asambleas cristianas que parezca una pretensión de ser su igual. Ella debe tener una “potestad” sobre su cabeza esto es, un velo, debido a los ángeles. La presencia de ellos debe resguardar a los cristianos de todo lo que es malo mientras adoren a Dios. Sin embargo, el hombre y la mujer fueron hechos uno para el otro. Iban a ser de consolación y bendición mutua, no una la esclava y el otro el tirano. Dios ha establecido las cosas, en el reino de la providencia y en el de la gracia, de modo que la autoridad y el sometimiento de cada parte sean para ayuda y provecho mutuo. Era costumbre en las iglesias que las mujeres se presentaran veladas en las asambleas públicas, y así ingresaran a la adoración en público; y estaba bien que debieran hacerlo así. La religión cristiana sanciona las costumbres nacionales dondequiera que estas no sean contrarias a los grandes principios de la verdad y la santidad; las peculiaridades afectadas no reciben consentimiento de nada en la Biblia.

Vv. 17—22. El apóstol reprende los desórdenes en la celebración de la cena del Señor. Las ordenanzas de Cristo, si no nos hacen mejor, tenderán a empeorarnos. Si el uso de ellas no enmienda, endurecerá. Al reunirse, ellos cayeron en divisiones y partidismos. Los cristianos pueden separarse de la comunión de unos con otros, pero aún ser caritativos unos con otros; se puede continuar en la misma comunión, pero sin ser caritativos. Esto último es división, más que lo primero. —Hay una comida descuidada e irregular de la cena del Señor que se suma a la culpa. Parece que muchos corintios ricos actuaron muy mal en la mesa del Señor, o en las fiestas de amor, que tenían lugar al mismo tiempo que la cena del Señor. El rico despreciaba al pobre, comía y bebía de las provisiones que traían, antes de permitir la participación del pobre; así, algunos quedaban sin nada, mientras que otros tenían más que suficiente. Lo que hubiera debido ser un vínculo de amor y afecto mutuo fue hecho instrumento de discordia y desunión. Debemos ser cuidadosos para que nada de nuestra conducta en la mesa del Señor parezca tomar a la ligera esa institución sagrada. La cena del Señor no es, ahora, hecha ocasión para la glotonería o el festejo, pero ¿no suele convertirse en un apoyo para la soberbia de la justicia propia o un manto para la hipocresía? No descansemos en las formas externas de la adoración, pero examinemos nuestros corazones.

Vv. 23—34. El apóstol describe la ordenanza sagrada, de la cual tenía conocimiento por revelación de Cristo. En cuanto a los signos visibles, estos son el pan y el vino. Lo que se come se llama pan, aunque al mismo tiempo se dice que es el cuerpo del Señor, mostrando claramente que el apóstol no quería significar que el pan fuese cambiado en carne. San Mateo nos dice que nuestro Señor les invitó a todos a beber de la copa, capítulo xxvi, 27, como si hubiera previsto, con esta expresión, que un creyente fuese privado de la copa. Las cosas significadas por estos signos externos, son el cuerpo y la sangre de Cristo, su cuerpo partido, su sangre derramada, junto con todos los beneficios que fluyen de su muerte y sacrificio. —Las acciones de nuestro Señor fueron, al tomar el pan y la copa, dar gracias, partir el pan y dar el uno y la otra. Las acciones de los comulgantes fueron, tomar el pan y comer, tomar la copa y beber, haciendo ambas cosas en memoria de Cristo. Pero los actos externos no son el todo ni la parte principal de lo que debe hacerse en esta santa ordenanza. Los que participan de ella tienen que tomarlo a Él como su Señor y su Vida, rendirse a Él y vivir para Él. —En ella tenemos un relato de las finalidades de esta ordenanza. Tiene que hacerse en memoria de Cristo, para mantener fresca en nuestras mentes su muerte por nosotros, y también, para recordar a Cristo que intercede por nosotros a la diestra de Dios en virtud de su muerte. No es tan sólo en memoria de Cristo, de lo que Él hizo y sufrió, sino para celebrar su gracia en nuestra redención. Declaramos que su muerte es nuestra vida, la fuente de todos nuestros consuelos y esperanzas. Nos gloriamos en tal declaración; mostramos su muerte y la reclamamos como nuestro sacrificio y nuestro rescate aceptado. La cena del Señor no es una ordenanza que se observe sólo por un tiempo, pero debe ser perpetua. —El apóstol expone a los corintios el peligro de recibirla con un estado mental inapropiado o conservando el pacto con el pecado y la muerte mientras se profesa renovar y confirmar el pacto con Dios. Sin duda, ellos incurren en gran culpa y así se vuelven materia obligada de juicios espirituales. Pero los creyentes

temerosos no deben descorazonarse de asistir a esta santa ordenanza. El Espíritu Santo nunca hubiera hecho que esta Escritura se hubiese puesto por escrito para disuadir de su deber a los cristianos serios, aunque el diablo la ha usado a menudo. El apóstol estaba dirigiéndose a los cristianos y les advierte que estén alerta ante los juicios temporales con que Dios corrige a sus siervos que le ofenden. En medio de la ira, Dios se acuerda de la misericordia: muchas veces castiga a los que ama. Mejor es soportar problemas en este mundo que ser miserable para siempre. —El apóstol señala el deber de los que van a la mesa del Señor. El examen de uno mismo es necesario para participar correctamente en esta ordenanza sagrada. Si nos examináramos cabalmente para condenar y enderezar lo que hallemos malo, podríamos detener los juicios divinos. —El apóstol termina todo con una advertencia contra las irregularidades en la mesa del Señor, de las cuales eran culpables los corintios. Cuidemos todos de esto para que ellos no se unan a la adoración de Dios como para provocarle y acarrearle venganza sobre sí.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *Se muestra la variedad y el uso de los dones espirituales.* 12—26. *Cada miembro en el cuerpo humano tiene su lugar y uso.* 27—30. *Esto se aplica a la Iglesia de Cristo.* 31. *Hay algo más excelente que los dones espirituales.*

Vv. 1—11. Los dones espirituales eran poderes extraordinarios otorgados en las primeras épocas para convencer a los incrédulos, y para difundir el evangelio. Los dones y las gracias difieren ampliamente. Ambos son dados generosamente por Dios, pero donde se da la gracia es para la salvación de los que la reciben. Los dones son para el provecho y salvación del prójimo; y puede haber grandes dones donde no hay gracia. Los dones extraordinarios del Espíritu Santo fueron ejercidos principalmente en las asambleas públicas, donde parece que los corintios hacían exhibición de ellos, al faltarles el espíritu de piedad y del amor cristiano. —Mientras eran paganos no habían sido influidos por el Espíritu de Cristo. Nadie puede llamar Señor a Cristo por fe, si esa fe no es obra del Espíritu Santo. Nadie puede creer en su corazón o probar por un milagro, que Jesús era Cristo, si no es por el Espíritu Santo. Hay diversidad de dones y diversidad de operaciones, pero todos proceden de un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu; esto es, del Padre, Hijo y Espíritu Santo, origen de todas las bendiciones espirituales. Ningún hombre los tiene simplemente para sí mismo. Mientras más los use en beneficio de los demás, más favorecerán su propia cuenta. Los dones mencionados parecen significar entendimiento exacto y expresión de las doctrinas de la religión cristiana; el conocimiento de los misterios, y la destreza para exhortar y aconsejar. Además, el don de sanar a los enfermos, hacer milagros, y explicar la Escritura por un don peculiar del Espíritu, y la habilidad para hablar e interpretar lenguajes. Si tenemos algún conocimiento de la verdad, o algún poder para darla a conocer, debemos dar toda la gloria a Dios. Mientras más grandes sean los dones, más expuesto a tentaciones está el poseedor, y más grande es la medida de gracia necesaria para mantenerlo humilde y espiritual; y éste se hallará con más experiencias dolorosas y dispensaciones humillantes. Poca causa tenemos para gloriarnos en algún don concedido a nosotros, o para despreciar a los que no los tienen.

Vv. 12—26. Cristo y su Iglesia forman un cuerpo, como Cabeza y miembros. Los cristianos se vuelven miembros de este cuerpo por el bautismo. El rito externo es de institución divina; es signo del nuevo nacimiento y, por tanto, es llamado lavamiento de la regeneración, Tito iii, 5. Pero es por el Espíritu, sólo por la renovación del Espíritu Santo, que somos hechos miembros del cuerpo de Cristo. Por la comunión con Cristo en la cena del Señor, somos fortalecidos, no por beber el vino, sino por beber un mismo Espíritu. —Cada miembro tiene su forma, lugar y uso. El de menos honra es parte del cuerpo. Debe haber diversidad de miembros en el cuerpo. Así, los miembros de Cristo tienen diferentes poderes y distintas posiciones. Debemos cumplir los deberes de nuestro propio

cargo sin quejarnos ni pelear con los demás. Todos los miembros del cuerpo son útiles y necesarios unos para otros. Tampoco hay un miembro del cuerpo de Cristo que no deba ni pueda ser de provecho a sus co-miembros. Como en el cuerpo natural del hombre, los miembros deben estar estrechamente unidos por los lazos más fuertes del amor; el bien del todo debe ser el objetivo de todos. Todos los cristianos dependen unos de otros; cada uno tiene que esperar y recibir la ayuda de los demás. Entonces, tengamos más del espíritu de unidad en nuestra religión.

Vv. 27—31. El desprecio, el odio, la envidia y la discordia son muy antinaturales en los cristianos. Es como si los miembros del mismo cuerpo no se interesaran unos por otros o se pelearan entre sí. Así, se condenan el espíritu orgulloso y belicoso que prevalecía en cuanto a los dones espirituales. —Se mencionan los ministerios y dones, o favores, dispensados por el Espíritu Santo. Los ministros principales; las personas capacitadas para interpretar las Escrituras; los que trabajaban en palabra y doctrina; los que tenían poder para sanar enfermedades; los que socorrían a los enfermos y débiles; los que administraban el dinero dado por la Iglesia para caridad, y administraban los asuntos de la iglesia; y los que podían hablar diversas lenguas. Lo que está en el rango inferior y último de esta lista es el poder para hablar lenguas; ¡cuán vano es que un hombre haga eso sólo para divertirse o enaltecerse! Nótese la distribución de estos dones, no a todos por igual, versículos 29, 30, cosa que hubiera hecho igual a toda la Iglesia; como si el cuerpo fuera todo oído, o todo ojo. El Espíritu distribuye a cada uno como le place. Debemos estar contentos aunque seamos inferiores y menos que los demás. No debemos despreciar a los demás si tenemos dones más grandes. ¡Qué bendecida sería la Iglesia cristiana si todos sus miembros cumplieran su deber! En lugar de codiciar los puestos más altos, o los dones más espléndidos, dejemos que Dios nombre sus instrumentos, y aquellos en los que obre por su providencia. Recordemos, en el más allá no serán aprobados los que procuran los puestos altos, sino los que sean más fieles a la tarea que se les encomendó, y los más diligentes en la obra de su Maestro.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—3. *La necesidad y la ventaja de la gracia del amor.* 4—7. *Su excelencia está representada por sus propiedades y efectos,* 8—13. *y por su permanencia y superioridad.*

Vv. 1—3. El camino excelente insinuado al cerrar el capítulo anterior no es lo que se entiende por caridad en el uso corriente de la palabra, dar limosna, sino el amor en su significado más pleno; el amor verdadero a Dios y al hombre. Sin este, los dones más gloriosos no nos sirven para nada, no son estimables a ojos de Dios. La cabeza clara y el entendimiento profundo no tienen valor sin un corazón benévolo y caritativo. Puede haber una mano abierta y generosa donde no hay un corazón benévolo y caritativo. Hacer el bien al prójimo no nos hará nada si no es hecho por amor a Dios y buena voluntad para los hombres. No nos aprovecha de nada si diéramos todo lo que tenemos mientras retengamos el corazón de Dios. Ni siquiera los sufrimientos más dolorosos. ¡Cuánto se engañan los que buscan aceptación y recompensa por sus buenas obras siendo tan mezquinos y defectuosos como son corruptos y egoístas!

Vv. 4—7. Algunos de los efectos del amor se estipulan aquí para que sepamos si tenemos esta gracia; y si no la tenemos, no descansen hasta tenerla. Este amor es una prueba clara de la regeneración y es la piedra de toque de nuestra fe profesada en Cristo. —Se quiere mostrar a los corintios con esta bella descripción de la naturaleza y los efectos del amor que, en muchos aspectos, su conducta era un claro contraste con aquel. El amor es el enemigo enconado del egoísmo; no desea ni procura su propia alabanza u honra o provecho o placer. No se trata de que el amor destruya toda consideración de nosotros mismos, ni de que el hombre caritativo deba descuidarse a sí mismo y todos sus intereses. El amor nunca busca lo suyo a expensas del prójimo o descuidando a los demás. Hasta prefiere el bienestar del prójimo antes que su ventaja personal. —¡De qué

naturaleza buena y amable es el amor cristiano! ¡Cuán excelente parecería el cristianismo al mundo si los que lo profesan estuvieran más sometidos a este principio divino, y prestaran debida atención al mandamiento en que su bendito Autor pone el énfasis principal! Preguntémonos si este amor divino habita en nuestros corazones. Este principio ¿nos ha llevado a conducirnos como corresponde con todos los hombres? ¿Estamos dispuestos a dejar de lado los objetivos y finalidades egoístas? He aquí un llamado a estar alertas, diligentes y orando.

Vv. 8—13. El amor es preferible a los dones en que se enorgullecían los corintios. Por su permanencia. Es una gracia que dura como la eternidad. El estado presente es un estado infantil, el futuro es el de adulto. Tal es la diferencia entre la tierra y el cielo. ¡Qué puntos de vista estrechos, qué nociones confusas de las cosas tienen los niños, cuando se los compara con los adultos! Así pensaremos de nuestros dones más valorados en este mundo, cuando lleguemos al cielo. —Todas las cosas son oscuras y confusas ahora, comparadas con lo que serán después. Ellas sólo se pueden ver como por el reflejo de un espejo, o como descripción de una adivinanza; pero en el más allá nuestro conocimiento será libre de toda oscuridad y error. Es la luz del cielo únicamente la que eliminará todas las nubes y tinieblas que nos ocultan la faz de Dios. —Para resumir, la excelencia del amor es preferible no sólo a los dones, sino a las otras gracias, la fe y la esperanza. La fe se fija en la revelación divina, y ahí se asienta, confiando en el Redentor Divino. La esperanza se aferra a la dicha futura, y la espera, pero, en el cielo, la fe será absorbida por la realidad, y la esperanza por la dicha. No hay lugar para creer y tener esperanza cuando vemos y disfrutamos. Pero allá, el amor será perfeccionado. Allá amaremos perfectamente a Dios. Allá nos amaremos perfectamente unos a otros. ¡Bendito estado! ¡Cuánto supera a lo mejor de aquí abajo! Dios es amor, 1 Juan iv, 8, 16. Donde Dios se ve como es, y cara a cara, ahí está el amor en su mayor altura; solamente ahí será perfeccionado.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *La profecía es preferible al don de lenguas.* 6—14. *La falta de provecho de hablar lenguajes desconocidos.* 15—25. *Exhortaciones a adorar con entendimiento.* 26—33. *Desórdenes por el vano despliegue de dones, 34—40. y de las mujeres que hablan en la iglesia.*

Vv. 1—5. Profetizar, esto es, exponer la Escritura, se compara con hablar en lenguas. Esta atrae la atención más que la clara interpretación de las Escrituras; gratifica más al orgullo, pero fomenta menos los propósitos del amor cristiano; no hará el bien por igual a las almas de los hombres. Lo que no puede entenderse, no puede edificar. Ninguna ventaja puede recibirse de los discursos más excelentes si se entregan en una lengua tal que los oyentes no pueden hablar ni entender. Toda capacidad o posesión adquiere valor proporcionalmente a su utilidad. Hasta el ferviente afecto espiritual debe ser gobernado por el ejercicio del entendimiento, de lo contrario los hombres avergonzarán las verdades que profesan promover.

Vv. 6—14. Ni siquiera un apóstol podría edificar, a menos que hablara de tal manera que le entendieran sus oyentes. Decir palabras que no tienen significado para quienes las escuchan, no es sino hablar al aire. No puede responder a la finalidad del habla decir lo que no tiene significado; en este caso, el que habla y los que oyen son extranjeros entre sí. Todos los servicios religiosos deben realizarse en las asambleas cristianas de manera que todos puedan participar en ellos y sacar provecho. El lenguaje simple y claro de entender es el más apropiado para la adoración en público, y para otros ejercicios religiosos. Todo seguidor verdadero de Cristo deseará más bien hacer el bien al prójimo que hacerse fama de saber o de hablar bien.

Vv. 15—25. No se puede asentir a las oraciones que no se entienden. Un ministro que sea verdaderamente cristiano procurará mucho más hacer el bien espiritual a las almas de los hombres

que obtener el aplauso más grandioso para sí. Esto muestra que es siervo de Cristo. —Los niños tienden a impresionarse con la novedad, pero no actuemos como ellos. Los cristianos deben ser como niños, desprovistos de mala intención y malicia, pero no deben ser iletrados en la palabra de justicia, sino sólo en las artes de la maldad. —Es prueba de que un pueblo ha sido abandonado por Dios cuando Él lo entrega al gobierno de los que le enseñan a adorar en otra lengua. No pueden recibir beneficio con tal enseñanza. Sin embargo, así actuaban los predicadores que daban sus instrucciones en lengua desconocida. ¿No haría que el cristianismo luciera ridículo para un pagano si oyera que los ministros oran o predicaban en un lenguaje que ni él ni la asamblea entienden? Pero si los que ministran interpretan claramente la Escritura o predicaban las grandes verdades y reglas del evangelio, el pagano o la persona indocta pueden llegar a convertirse al cristianismo. Su conciencia puede ser tocada, los secretos de su corazón pueden serle revelados, y así, puede ser llevado a confesar su culpa y reconocer que Dios estaba presente en la asamblea. La verdad de las Escrituras, clara y debidamente enseñada, tiene un poder maravilloso para despertar la conciencia y tocar el corazón.

Vv. 26—33. Los ejercicios religiosos en las asambleas públicas deben tener este punto de vista: Que todo se haga para edificar. En cuanto a hablar en lengua desconocida, si hubiera presente alguien que pudiera interpretar, pueden ejercerse de una sola vez dos dones milagrosos, y por ellos la iglesia es edificada, y al mismo tiempo es confirmada la fe de los que oyen. En cuanto a profetizar, deben hablar dos o tres en una reunión, y uno después del otro, no todos al mismo tiempo. El hombre inspirado por el Espíritu de Dios observará el orden y la decencia para comunicar sus revelaciones. Dios nunca enseña a los hombres que descuiden sus deberes o que actúen en ninguna forma inconveniente a su edad o su cargo.

Vv. 34—40. Cuando el apóstol exhorta a las mujeres cristianas a que busquen información sobre temas religiosos de sus esposos en casa, muestra que las familias de creyentes deben reunirse para fomentar el conocimiento espiritual. —El Espíritu de Cristo nunca se contradice, y si sus revelaciones son contrarias a las del apóstol, no proceden del mismo Espíritu. La manera de mantener la paz, la verdad y el orden en la iglesia es procurar lo bueno para ella, soportar lo que no dañe su bienestar y conservar la buena conducta, el orden y la decencia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—11. *El apóstol demuestra la resurrección de Cristo de entre los muertos.* 12—19.

Contesta a los que niegan la resurrección del cuerpo. 20—34. *La resurrección de los creyentes para la vida eterna.* 35—50. *Contesta las objeciones.* 51—54. *El misterio del cambio que ocurrirá en los que estén vivos en la segunda venida de Cristo.* 55—58. *El triunfo del creyente sobre la muerte y la tumba.—Una exhortación a la diligencia.*

Vv. 1—11. La palabra resurrección señala, habitualmente, nuestra existencia más allá de la tumba. No se halla un rasgo de la doctrina del apóstol en todas las enseñanzas de los filósofos. La doctrina de la muerte y resurrección de Cristo es el fundamento del cristianismo. Si se quita, se hundan de inmediato todas nuestras esperanzas de eternidad. Por sostener con firmeza esta verdad los cristianos soportan el día de la tribulación, y se mantienen fieles a Dios. Creemos en vano, a menos que nos mantengamos en la fe del evangelio. Esta verdad es confirmada por las profecías del Antiguo Testamento; muchos vieron a Cristo después que resucitó. Este apóstol fue altamente favorecido, pero siempre tuvo una baja opinión de sí, y la expresaba. Cuando los pecadores son hechos santos por la gracia divina, Dios hace que el recuerdo de los pecados anteriores los haga humildes, diligentes y fieles. Atribuye a la gracia divina todo lo que era valioso en él. Aunque no ignoran lo que el Señor ha hecho por ellos, en ellos y por medio de ellos, cuando miran toda su conducta y sus obligaciones, los creyentes verdaderos son guiados a sentir que nadie es tan indigno

como ellos. Todos los cristianos verdaderos creen que Jesucristo, y éste crucificado, y resucitado de entre los muertos, es la suma y la sustancia del cristianismo. Todos los apóstoles concuerdan en este testimonio; por esta fe vivieron y en esta fe murieron.

Vv. 12—19. Habiendo mostrado que Cristo fue resucitado, el apóstol contesta a los que dicen que no habrá resurrección. No habría justificación ni salvación si Cristo no hubiera resucitado. Si Cristo estuviera aún entre los muertos, ¿no debería la fe en Cristo ser vana e inútil? La prueba de la resurrección del cuerpo es la resurrección de nuestro Señor. Aun los que murieron en la fe hubieran perecido en sus pecados si Cristo no hubiera resucitado. Todos los que creen en Cristo tienen esperanza en Él, como Redentor; esperanza de redención y salvación por Él, pero si no hubiera resurrección, o recompensa futura, la esperanza de ellos en Él sería sólo para esta vida. Tendrían que estar en peor condición que el resto de la humanidad, especialmente en la época y las circunstancias en que escribió el apóstol, porque en aquel entonces, los cristianos eran odiados y perseguidos por todos los hombres. Pero no es así; ellos, de todos los hombres, disfrutaban bendiciones firmes en medio de todas sus dificultades y pruebas, aun en los tiempos de la persecución más fuerte.

Vv. 20—34. A todos los que por fe se unen a Cristo, por su resurrección se les asegura la propia. Como por el pecado del primer Adán todos los hombres se hicieron mortales, porque todos obtuvieron su misma naturaleza pecaminosa, así, por medio de la resurrección de Cristo todos los que son hechos partícipes del Espíritu, y de la naturaleza espiritual, reviviremos y viviremos por siempre. —Habrá un orden en la resurrección. El mismo Cristo fue la primicia; en su venida resucitará su pueblo redimido antes que los otros; al final, también los impíos serán resucitados. Entonces, será el fin del estado presente de cosas. Si queremos triunfar en esa solemne e importante ocasión, debemos someternos ahora a su reinado, aceptar su salvación, y vivir para su gloria. Entonces, nos regocijaremos al completarse su empresa, para que Dios reciba toda la gloria de nuestra salvación, para que le sirvamos por siempre, y disfrutemos de su favor. —¿Qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? Quizá aquí se use el bautismo como una figura de aflicciones, sufrimientos y martirio, como en Mateo xx, 22, 23. ¿Qué es, o qué será, de quienes sufrieron muchos daños graves y hasta perdieron su vida por esta doctrina de la resurrección, si los muertos en ninguna manera resucitan? —Cualquiera sea el significado, indudablemente los corintios entendían el argumento del apóstol. Para nosotros es evidente que el cristianismo sería una confesión necia, si no nos propusiera esperanzas más allá de esta vida, al menos en tiempos de peligro, como en los primeros tiempos, y a menudo desde entonces. —Es lícito y adecuado que los cristianos se propongan ventajas para sí mismos por su fidelidad a Dios; y dar nuestro fruto para santidad, y nuestro fin sea la vida eterna. Pero no debemos vivir como bestias, porque no morimos como ellas. Debe ser la ignorancia sobre Dios lo que lleva a que alguien no crea en la resurrección y la vida futura. Los que reconocen un Dios y una providencia, y observan cuán injustas son las cosas en la vida actual, cuán a menudo le va muy mal a los mejores hombres, no pueden dudar de un estado ulterior en que todo será enderezado. No nos juntemos con los impíos, pero advirtamos a todos los que nos rodeen, especialmente a los niños y jóvenes, que los eviten como a la peste. Despertemos a la justicia, y no pequemos.

Vv. 35—50. —1. ¿Cómo resucitarán los muertos, esto es, por qué medios? ¿Cómo pueden resucitar? —2. En cuanto a los cuerpos que resucitarán, ¿tendrán la misma forma, estatura, miembros y cualidades? La primera objeción es de quienes se oponen a la doctrina, la segunda de los curiosos. La respuesta para la *primera* es: será efectuada por el poder divino; ese poder que todos ven obrar algo parecido, año tras año, en la muerte y el revivir del trigo. Necio es cuestionar al omnipotente poder de Dios para resucitar a los muertos, cuando lo vemos diariamente vivificando y reviviendo cosas que están muertas. A la *segunda* pregunta: el grano emprende un tremendo cambio, y así será con los muertos, cuando sean levantados y vivan otra vez. La semilla muere, aunque una parte de ella brota a vida nueva, pero no podemos entender cómo es esto. Las obras de la creación y de la providencia nos enseñan diariamente a ser humildes, y a admirar la sabiduría y la bondad del Creador. Hay una gran variedad entre otros cuerpos como la hay entre las plantas. Hay

una variedad de gloria entre los cuerpos celestiales. Los cuerpos de los muertos, cuando sean levantados, serán adecuados para el estado celestial; y habrá una variedad de gloria entre ellos. — Enterrar a los muertos es como entregar la semilla a la tierra para que brote de ella otra vez. Nada es más aborrecible que un cuerpo muerto. Pero en la resurrección, los creyentes tendrán cuerpos preparados para estar unidos para siempre a espíritus hechos perfectos. Todas las cosas son posibles para Dios. Él es el Autor y la Fuente de la vida espiritual y de la santidad para todo su pueblo, por la provisión de su Espíritu Santo para el alma; también vivificará y cambiará el cuerpo por obra de su Espíritu. Los muertos en Cristo no serán sólo resucitados sino resucitarán cambiados gloriosamente. Los cuerpos de los santos serán cambiados cuando resuciten. Entonces, serán cuerpos gloriosos y espirituales, aptos para el mundo y el estado celestiales, donde vivirán para siempre jamás. El cuerpo humano en su forma presente y con sus necesidades y debilidades, no puede entrar en el reino de Dios, ni disfrutar de él. Entonces, no sembremos para la carne, de la cual sólo podemos cosechar corrupción. El cuerpo sigue al estado del alma. Por tanto, el que descuida la vida del alma, expulsa a su bien presente; el que rehúsa vivir para Dios, despilfarra todo lo que tiene.

Vv. 51—58. No todos los santos morirán, pero todos serán cambiados. Muchas verdades del evangelio que estaban ocultas en misterios son dadas a conocer. La muerte nunca aparecerá en las regiones a las cuales nuestro Señor llevará a sus santos resucitados. Por tanto, procuremos la plena seguridad de la fe y la esperanza para que, en medio del dolor, y en la perspectiva de la muerte, podamos pensar con calma en los horrores de la tumba, seguros de que nuestros cuerpos dormirán ahí, y mientras tanto, nuestras almas estarán presentes con el Redentor. —El pecado da a la muerte todo su poder nocivo. El aguijón de la muerte es el pecado, pero Cristo, al morir quitó este aguijón; Él hizo expiación por el pecado; Él obtuvo la remisión del pecado. La fuerza del pecado es la ley. Nadie puede responder a sus exigencias, soportar su maldición o terminar sus transgresiones. De ahí, el terror y la angustia. De ahí que la muerte sea terrible para el incrédulo y el impenitente. La muerte puede sorprender al creyente, pero no puede retenerlo en su poder. ¡Cuántos manantiales de gozo para los santos, y de gratitud a Dios, son abiertas por la muerte y la resurrección, los sufrimientos y las conquistas del Redentor! —En el versículo 58 tenemos una exhortación a que los creyentes sean constantes, firmes en la fe de ese evangelio que predicó el apóstol y que ellos recibieron. Además, a permanecer inmovibles en su esperanza y expectativa de este gran privilegio de resucitar incorruptible e inmortal. Para abundar en la obra del Señor, haciendo siempre el servicio del Señor y obedeciendo los mandamientos del Señor. Que Cristo nos dé la fe, y aumente nuestra fe, para que nosotros no sólo estemos a salvo, sino gozosos y triunfantes.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—9. *Colecta para los pobres de Jerusalén.* 10—12. *Timoteo y Apolos, recomendados.* 13—18. *Exhortación a estar vigilantes en la fe y el amor.* 19—24. *Saludos cristianos.*

Vv. 1—9. Los buenos ejemplos de otros cristianos e iglesias deben estimularnos. Bueno es almacenar para buenos usos. Los que son ricos en este mundo deben ser ricos en buenas obras, 1 Timoteo vi, 17, 18. La mano diligente no se enriquecerá sin la bendición divina, Proverbios x, 4, 22. ¿Qué más adecuado para estimularnos a la caridad con el pueblo e hijos de Dios que mirar todo lo que tenemos como dádiva suya? Las obras de misericordia son frutos reales del amor verdadero a Dios, y por tanto son servicios apropiados para el día del Señor. Los ministros hacen la actividad que les corresponde cuando promueven, o ayudan, las obras de caridad. —El corazón de un ministro cristiano debe estar orientado hacia la gente entre quienes haya trabajado mucho tiempo, y con éxito. Debemos hacernos todos nuestros propósitos con sumisión a la providencia divina, Santiago, iv, 15. Los adversarios y la oposición no quiebran los espíritus de los ministros fieles y exitosos, pero enardecen su celo y les inspiran un nuevo valor. El ministro fiel se descorazona más

con la dureza de los corazones de sus oyentes y el extravío de los profesantes que con los atentados de los enemigos.

Vv. 10—12. Timoteo vino a hacer la obra del Señor. Por tanto, afligir su espíritu es contristar al Espíritu Santo; despreciarlo es despreciar a Aquel que lo envió. Los que trabajan en la obra del Señor deben ser tratados con ternura y respeto. Los ministros fieles no tendrán celo unos de otros. Corresponde a los ministros del evangelio demostrar interés por la reputación y la utilidad de unos y otros.

Vv. 13—18. El cristiano siempre corre peligro, por tanto, siempre debe estar alerta. Debe estar firme en la fe del evangelio sin abandonarla, ni renunciar jamás a ella. Por esta sola fe será capaz de resistir en la hora de la tentación. Los cristianos deben cuidar que la caridad no sólo reine en sus corazones, sino brille en sus vidas. Hay una gran diferencia entre la firmeza cristiana y el activismo febril. El apóstol da instrucciones particulares para algunos que sirven la causa de Cristo entre ellos. Los que sirven a los santos, los que desean el honor de las iglesias, y quitar los reproches de ellas, tienen que ser muy considerados y amados. Deben reconocer voluntariamente el valor de los tales y de todos los que trabajaron con el apóstol o le ayudaron.

Vv. 19—24. El cristianismo no destruye en absoluto el civismo. La religión debe fomentar un temperamento cortés y amable hacia todos. Dan una falsa idea de la religión, y le causan reproche, los que encuentran ánimo en ella para ser irritables y tercos. Los saludos cristianos no son simples cumplidos vacíos, sino expresiones reales de buena voluntad para el prójimo, y los encomiendan a la gracia y a la bendición divinas. Toda familia cristiana debe ser como una iglesia cristiana. Dondequiera que se reúnan dos o tres en el nombre de Cristo, y Él esté entre ellos, ahí hay una iglesia. —Aquí hay una advertencia solemne: muchas personas que tienen muy a menudo el nombre de Cristo en sus bocas, no tienen un amor verdadero por Él en sus corazones. No le ama de verdad quien no ame sus leyes ni obedezca sus mandamientos. Muchos son cristianos de nombre, porque no aman a Cristo Jesús, el Señor, con sinceridad. Los tales están separados del pueblo de Dios y del favor de Dios. Los que no aman al Señor Jesucristo deben perecer sin remedio. No descansemos en ninguna profesión religiosa donde no hay el amor de Cristo, los sinceros deseos por su salvación, la gratitud por sus misericordias, y la obediencia a sus mandamientos. —La gracia de nuestro Señor Jesucristo tiene en ella todo lo que es bueno para el tiempo y la eternidad. Desear que nuestros amigos puedan tener esta gracia consigo, es desearles el sumo bien. Esto debemos desear a todos nuestros amigos y hermanos en Cristo. No podemos desearles nada más grande, y no debemos desearle nada menos. El cristianismo verdadero hace que deseemos las bendiciones de ambos mundos para los que amamos; esto significa desearles que la gracia de Cristo esté con ellos. El apóstol había tratado claramente con los corintios, y les habló de sus faltas con justa severidad, pero se despide con amor y con una solemne profesión de su amor por ellos por amor a Cristo. Que nuestro amor sea con todos los que están en Cristo Jesús. Probemos si todas las cosas nos parecen sin valor cuando las comparamos con Cristo y su justicia. ¿Nos permitimos algún pecado conocido o la negligencia de un deber conocido? Con tales preguntas, fielmente hechas, podemos juzgar el estado de nuestras almas.

SEGUNDA DE CORINTIOS

Probablemente la Segunda Epístola a los Corintios haya sido escrita como un año después de la primera. Sus contenidos están íntimamente relacionados con los de la primera epístola. Se comenta particularmente la manera con que fue recibida la carta que San Pablo escribiera con anterioridad; esta fue tal que llenó su corazón de gratitud a Dios, que le capacitó para desempeñar tan plenamente su deber para con ellos. Muchos habían dado señales de arrepentimiento y enmendado su conducta, pero otros aún seguían a sus falsos maestros; y, como el apóstol retrasaba su visita, por no desear tratarlos con severidad, le acusaron de liviandad y cambio de conducta; además, de orgullo, vanagloria y severidad, y hablaban de él con desprecio. En esta epístola hallamos el mismo afecto ardiente por los discípulos de Corinto que en la anterior, el mismo celo por el honor del evangelio, y la misma osadía para la reprensión cristiana. Los primeros seis capítulos son principalmente prácticos; el resto se refiere más al estado de la iglesia corintia, pero contienen muchas reglas de aplicación general.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *El apóstol bendice a Dios por el consuelo en las aflicciones y la liberación de ellas.* 12—14. *Declara su propia integridad y la de sus compañeros de labor.* 15—24. *Da razones de no ir a ellos.*

Vv. 1—11. Se nos exhorta a ir directamente al trono de la gracia para obtener misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro en tiempo de necesidad. El Señor es capaz de dar paz a la conciencia turbada y de calmar las pasiones rugientes del alma. Estas bendiciones son dadas por Él como Padre de su familia redimida. Nuestro Salvador es quien dice: No se turbe vuestro corazón. — Toda consolación viene de Dios y nuestras consolaciones más dulces están en Él. Da paz a las almas otorgando remisión gratuita de pecados, y las consuela por la influencia vivificante del Espíritu Santo, y por las ricas misericordias de su gracia. Él es capaz de vendar el corazón roto, de sanar las heridas más dolorosas, y de dar esperanza y gozo en las aflicciones más pesadas. Los favores que Dios nos otorga no son sólo para alegrarnos, sino también para que podamos ser útiles al prójimo. Él envía consuelos suficientes para sostener a los que simplemente confían en Él y le sirven. Si fuéramos llevados tan bajo como para desesperar hasta de vivir, aun entonces podemos confiar en Dios para el tiempo venidero. Nuestro deber es no sólo ayudarnos unos a otros con oración, sino en la alabanza y la acción de gracias y, por ellas, dar retorno adecuado a los beneficios recibidos. De esta manera, las pruebas y las misericordias terminarán bien para nosotros y el prójimo.

Vv. 12—14. Aunque como pecador el apóstol sólo podía regocijarse y gloriarse en Cristo Jesús, como creyente podía regocijarse y gloriarse en ser realmente lo que confesaba. La conciencia atestigua acerca del curso y tenor constantes de la vida. Por eso, podemos juzgarnos y no por este o aquel acto aislado. Nuestra conversación será bien ordenada, cuando vivamos y actuemos bajo el principio de la gracia en el corazón. Teniendo esto, podemos dejar nuestros caracteres en las manos del Señor, pero usando los medios apropiados para aclararlos, cuando el mérito del evangelio o nuestra utilidad, así lo exija.

Vv. 15—24. El apóstol se defiende del cargo de liviandad e inconstancia al no ir a Corinto. Los hombres buenos deben tener cuidado de mantener su reputación de sinceridad y constancia; ellos *no*

deben resolver, sino basados en la reflexión cuidadosa; y ellos *no cambiarán* a menos que haya razones de peso. —Nada puede volver más ciertas las promesas de Dios: que sean dadas por medio de Cristo nos asegura que son sus promesas; como las maravillas que Dios obró en la vida, la resurrección, y la ascensión de Su Hijo, confirman la fe. El Espíritu Santo afirma a los cristianos en la fe del evangelio: el despertar del Espíritu es una primicia de la vida eterna: los consuelos del Espíritu son una primicia del gozo eterno. —El apóstol deseaba ahorrarse la culpa que se temía sería inevitable si hubiera ido a Corinto antes de saber qué efecto produjo su carta anterior. Nuestra fuerza y habilidad se deben a la fe; y nuestro consuelo y gozo deben fluir de la fe. Los temperamentos santos y los frutos de la gracia que asisten a la fe, aseguran contra el engaño en una materia tan importante.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Razones del apóstol para no ir a Corinto.* 5—11. *Instrucciones sobre la restauración del ofensor arrepentido.* 12—17. *Un relato de sus labores y éxitos en la difusión del evangelio de Cristo.*

Vv. 1—4. El apóstol deseaba tener una alegre reunión con ellos, y les había escrito confiando que ellos hicieran lo que fuera para su beneficio y consuelo y que, por tanto, ellos se alegrarían al eliminar toda causa de inquietud para él. Siempre causaremos dolor sin quererlo, aun cuando así lo requiera el deber.

Vv. 5—11. El apóstol deseaba que ellos recibieran nuevamente en su comunión a la persona que había hecho mal, porque tenía conciencia de su falta y estaba muy afligido por el castigo. Hasta la tristeza por el pecado no debe impedir otros deberes ni llevar a la desesperación. No sólo había peligro que Satanás sacara ventaja tentando al penitente a pensar mal de Dios y de la religión, y así llevarlo a la desesperación, y pensara contra las iglesias y los ministros de Cristo, dando una mala imagen de los cristianos por no perdonar. De este modo causaría divisiones e impediría el éxito del ministerio. En esto, como en otras cosas, la sabiduría debe usarse para que el ministerio no sea culpado por permitir, por un lado el pecado, y por el otro, por exagerada severidad contra los pecadores. Satanás tiene muchos planes para engañar y sabe usar para mal nuestros errores.

Vv. 12—17. Los triunfos del creyente son todos en Cristo. A Él sea la alabanza y la gloria de todos mientras el éxito del evangelio es una buena razón para el gozo y júbilo del cristiano. En los triunfos antiguos se usaban mucho perfume y olores gratos; De esta manera, el nombre y la salvación de Jesús, como unguento derramado, era un olor grato, difundido en todo lugar. Para algunos el evangelio es olor de muerte para muerte. Ellos lo rechazan para su ruina. Para otros, el evangelio es un olor de vida para vida: como los vivificó al principio, cuando estaban muertos en delitos y pecados, así les da más vida, y los lleva a la vida eterna. —Obsérvese las impresiones sobrecogedoras que este asunto hizo en el apóstol y que debiera también hacer en nosotros. La obra es grande, y no tenemos fuerza de nosotros mismos en absoluto; toda nuestra suficiencia viene de Dios. Pero lo que hacemos en religión, a menos que sea hecho con sinceridad, como ante Dios, no es de Dios, no viene de Él y no llegará a Él. Velemos cuidadosamente en este aspecto; y busquemos el testimonio de nuestra conciencia, sometidos a la enseñanza del Espíritu Santo, para que con sinceridad hablemos así en Cristo y de Cristo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *La preferencia del evangelio respecto a la ley dada por Moisés.* 12—18. *La predicación del apóstol era adecuada para la excelencia y evidencia del evangelio por medio del poder del Espíritu Santo.*

Vv. 1—11. Hasta la apariencia de elogiarse a sí mismo y de buscar el aplauso humano resulta doloroso para la mente espiritual y humilde. Nada es más delicioso para los ministros fieles, o más digno de elogio para ellos, que el éxito de su ministerio demostrado en el espíritu y las vidas de aquellos entre quienes trabaja. —La ley de Cristo fue escrita en sus corazones, y el amor de Cristo fue derramado en ellos ampliamente. No fue escrita en tablas de piedras, como la ley de Dios dada a Moisés, sino sobre las tablas de carne del corazón (no carnales, porque la carnalidad connota sensualidad), Ezequiel xxxvi, 26. Sus corazones fueron humillados y ablandados para recibir esta impresión por el poder regenerador del Espíritu Santo. Atribuye toda la gloria a Dios. Recuérdese, que toda nuestra dependencia es del Señor, así toda la gloria le pertenece solo a Él. —La letra mata: la letra de la ley es la ministración de muerte; y si nos apoyamos en la pura letra del evangelio, no seremos mejores por hacerlo así: pero el Espíritu Santo da vida espiritual y vida eterna. —La dispensación del Antiguo Testamento era ministración de muerte, pero la del Nuevo Testamento, de vida. La ley dio a conocer el pecado, y la ira y maldición de Dios; nos muestra a Dios por sobre nosotros, y un Dios en contra de nosotros; pero el evangelio da a conocer la gracia y a Emanuel Dios con nosotros. En ello se revela la justicia de Dios por fe; y esto nos muestra que el justo vivirá por la fe; esto hace conocer la gracia y la misericordia de Dios por medio de Jesucristo para obtener el perdón de pecados y la vida eterna. El evangelio excede tanto a la ley en gloria que eclipsa la gloria de la dispensación legal. Pero aun el Nuevo Testamento será una letra que mata si se muestra como sólo un sistema o forma, y sin dependencia de Dios Espíritu Santo para dar poder vivificador.

Vv. 12—18. Es deber de los ministros del evangelio usar gran sencillez o claridad para hablar. Los creyentes del Antiguo Testamento tuvieron sólo vistazos nebulosos y pasajeros del glorioso Salvador, y los incrédulos no vieron más allá de la institución externa. Pero los grandes preceptos del evangelio, creer, amar, obedecer, son verdades estipuladas tan claramente como es posible. Toda la doctrina de Cristo crucificado es expuesta tan sencillamente como el lenguaje humano puede hacerlo. —Los que vivieron bajo la ley, tenían un velo sobre sus corazones. Este velo es quitado por las doctrinas de la Biblia acerca de Cristo. Cuando una persona se convierte a Dios, entonces es quitado el velo de la ignorancia. La condición de los que disfrutan y creen el evangelio es feliz, porque el corazón es puesto en libertad para correr por los caminos de los mandamientos de Dios. Ellos tienen luz, y con la cara descubierta contemplan la gloria del Señor. Los cristianos deben apreciar y realzar estos privilegios. No debemos descansar sin conocer el poder transformador del evangelio, por la obra del Espíritu, que nos lleva a buscar ser como el carácter y la tendencia del glorioso evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y a la unión con Él. Contemplamos a Cristo como en el cristal de su palabra, y como el reflejo de un espejo hace que brille el rostro, así también brillan los rostros de los cristianos.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Los apóstoles trabajaron con mucha diligencia, sinceridad y fidelidad.* 8—12. *Sus sufrimientos por el evangelio fueron grandes, pero con rico sustento.* 13—18. *Las perspectivas de la gloria eterna impiden que los creyentes desfallezcan bajo las aflicciones.*

Vv. 1—7. Los mejores hombres desmayarán si no recibieran misericordia de Dios. Podemos confiar en esa misericordia que nos ha socorrido sacándonos y llevándonos adelante, hasta ahora, para que nos ayude hasta el fin. Los apóstoles no tenían intenciones malas ni bajas recubiertas con pretensiones superficialmente equitativas y buenas. No trataron que el ministerio de ellos sirviera

para un turno. La sinceridad o la rectitud guardará la opinión favorable de los hombres buenos y sabios. Cristo por su evangelio hace una revelación gloriosa a la mente de los hombres, pero el designio del diablo es mantener a los hombres en la ignorancia; cuando no puede mantener fuera del mundo la luz del evangelio de Cristo, no se ahorra esfuerzos para mantener a los hombres fuera del evangelio o ponerlos en contra. —El rechazo del evangelio aquí se atribuye a la ceguera voluntaria y a la maldad del corazón humano. El yo no era el tema ni el fin de la predicación de los apóstoles; ellos predicaban a Cristo como Jesús, el Salvador y Libertador, que salva hasta lo sumo a todos los que vayan a Dios por su intermedio. Los ministros son siervos de las almas de los hombres; deben evitar volverse siervos de los humores o lujurias de los hombres. —Es agradable contemplar el sol en el firmamento, pero es más agradable y provechoso que el evangelio brille en el corazón. Como la luz fue al principio de la primera creación, así, también, en la nueva creación, la luz del Espíritu es su primera obra en el alma. El tesoro de luz y gracia del evangelio está puesto en vasos de barro. Los ministros del evangelio están sometidos a las mismas pasiones y debilidades que los demás hombres. Dios podría haber enviado a los ángeles para dar a conocer la doctrina gloriosa del evangelio o podría haber enviado a los hijos de los hombres más admirados para enseñar a las naciones, pero escogió vasos más humildes, más débiles, para que su poder sea altamente glorificado al sostenerlos, y en el bendito cambio obrado por el ministerio de ellos.

Vv. 8—12. Los apóstoles sufrieron enormemente, pero hallaron un sustento maravilloso. Los creyentes pueden ser abandonados por sus amigos y ser perseguidos por los enemigos, pero su Dios nunca los dejará ni los desampará. Puede que haya temores internos y luchas externas, pero no somos destruidos. El apóstol habla de sus sufrimientos, como la contrapartida de los sufrimientos de Cristo, para que la gente pueda ver el poder de la resurrección de Cristo y de la gracia en el Jesús vivo y por medio de Él. Comparados con ellos, los demás cristianos estuvieron en circunstancias prósperas, en aquel tiempo.

Vv. 13—18. La gracia de la fe es un remedio eficaz contra el desaliento en tiempos de prueba. Ellos sabían que Cristo había resucitado y que su resurrección era arras y garantía de la de ellos. La esperanza de esta resurrección animará en el día de sufrimiento y nos pondrá por encima del temor a la muerte. Además, sus sufrimientos fueron para el provecho de la Iglesia y para la gloria de Dios. Los sufrimientos de los ministros de Cristo, y su predicación y conversación, son para el bien de la Iglesia y para la gloria de Dios. La perspectiva de la vida y la dicha eternas eran su fortaleza y consuelo. Lo que el sentido estaba dispuesto a considerar pesado y largo, doloroso y tedioso, la fe lo percibe leve y corto y sólo momentáneo. El peso de todas las aflicciones temporales era leve en sí, mientras la gloria venidera era una sustancia de peso y duración más allá de toda descripción. Si el apóstol pudo llamar leves y momentáneas a sus pruebas pesadas, largas y continuas, ¡qué triviales deben de ser nuestras dificultades! La fe capacita para efectuar el recto juicio de las cosas. Hay cosas invisibles y cosas que se ven, y entre ellas hay esta vasta diferencia: las cosas invisibles son eternas, las cosas visibles son temporales o sólo pasajeras. Entonces, no miremos las cosas que se ven; dejemos de buscar las ventajas mundanales o de temer los trastornos presentes. Pongamos diligencia en hacer segura nuestra futura felicidad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *La esperanza y el deseo del apóstol de la gloria celestial.* 9—15. *Esto estimulaba a la diligencia. La razón de estar afectado con celo por los corintios.* 16—21. *La necesidad de la regeneración, de la reconciliación con Dios por medio de Cristo.*

Vv. 1—8. El creyente no sólo está bien seguro por la fe de que hay otra vida dichosa, después de esta; tiene buena esperanza, por la gracia, del cielo como habitación, un lugar de reposo, un escondite. En la casa de nuestro Padre muchas moradas hay, cuyo arquitecto y hacedor es Dios. La

dicha del estado futuro es lo que Dios ha preparado para los que le aman: habitaciones eternas, no como los tabernáculos terrenales, las pobres chozas de barro en que ahora moran nuestras almas; que se pudren y deterioran, cuyos cimientos están en el polvo. El cuerpo de carne es una carga pesada, las calamidades de la vida son una carga pesada, pero los creyentes gimen cargados con un cuerpo de pecado, y debido a las muchas corrupciones remanentes que rugen dentro de ellos. La muerte nos desvestirá del ropaje de carne, y de todas las bendiciones de la vida y acabará todos nuestros problemas de aquí abajo. Pero las almas fieles serán vestidas con ropajes de alabanza, con mantos de justicia y gloria. —Las gracias y las consolaciones presentes del Espíritu son primicias de la gracia y el consuelo eterno. Aunque Dios está aquí con nosotros, por su Espíritu, y en sus ordenanzas, aún no estamos con Él como esperamos estar. La fe es para este mundo, y la vista es para el otro mundo. Nuestro deber es, y será nuestra preocupación, andar por fe hasta que vivamos por vista. Esto muestra claramente la dicha que disfrutarán las almas de los creyentes cuando se ausenten del cuerpo, y donde Jesús da a conocer su gloriosa presencia. —Estamos unidos al cuerpo y al Señor; cada uno reclama una parte de nosotros, pero, ¡cuánto más poderosamente clama el Señor por tener el alma del creyente íntimamente unida con Él! Tú eres una de las almas que yo he amado y escogido; uno de los que me han sido dados. ¡Qué es la muerte como objeto de temor, si se compara con estar ausentes del Señor!

Vv. 9—15. El apóstol se anima a sí mismo y a los demás a cumplir su deber. Las esperanzas bien cimentadas del cielo no animarán a la pereza ni a la confianza pecaminosa. Todos deben considerar el juicio venidero, al que se llama El terror del Señor. Sabiendo cuán terrible es la venganza que el Señor ejecutará en los hacedores de iniquidad, el apóstol y sus hermanos usan todo argumento y persuasión para llevar a los hombres a creer en el Señor Jesús, y para actuar como sus discípulos. Su celo y diligencia eran para la gloria de Dios y para el bien de la Iglesia. El amor de Cristo por nosotros tendrá un efecto similar en nosotros si es debidamente considerado y rectamente juzgado. Todos estaban perdidos y deshechos, muertos y destruidos, esclavos del pecado, sin poder para liberarse y tendrían que haber seguido así, miserables para siempre, si Cristo no hubiera muerto. No debemos hacer de nosotros la finalidad de nuestra vida y acciones, sino a Cristo. La vida del cristiano debe ser dedicada a Cristo. ¡Ay, cuántos muestran la nulidad de la fe y del amor que profesan viviendo para sí mismos y para el mundo!

Vv. 16—21. El hombre renovado actúa sobre la base de principios nuevos, por reglas nuevas, con finalidades nuevas y con compañía nueva. El creyente es creado de nuevo; su corazón no es sólo enderezado; le es dado un corazón nuevo. Es hechura de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras. Aunque es el mismo como hombre, ha cambiado su carácter y conducta. Estas palabras deben significar más que una reforma superficial. El hombre que antes no veía belleza en el Salvador para desearlo, ahora le ama por sobre todas las cosas. —El corazón del que no está regenerado está lleno de enemistad contra Dios, y Dios está justamente ofendido con él. Pero puede haber reconciliación. Nuestro Dios ofendido nos ha reconciliado consigo por Jesucristo. —Por la inspiración de Dios fueron escritas las Escrituras, que son la palabra de reconciliación; mostrando que había sido hecha la paz por la cruz, y cómo podemos interesarnos en ella. Aunque no puede perder por la guerra ni ganar por la paz, aun así Dios ruega a los pecadores que echen a un lado su enemistad, y acepten la salvación que Él ofrece. Cristo no conoció pecado. Fue hecho pecado; no pecador, sino pecado, una ofrenda por el pecado, un sacrificio por el pecado. El objetivo y la intención de todo esto era que nosotros pudiésemos ser hechos justicia de Dios en Él, pudiésemos ser justificados gratuitamente por la gracia de Dios por medio de la redención que es en Cristo Jesús. ¿Puede alguien perder, trabajar o sufrir demasiado por el que dio a su Hijo amado para que fuera el sacrificio por los pecados de ellos, para que ellos fuesen hechos la justicia de Dios en Él?

CAPÍTULO VI

Versículos 1—10. *El apóstol, con otros, se demuestran como ministros fieles de Cristo por su vida y conducta irreprochables. 11—18. Por afecto a ellos.—Y por una seria preocupación, que ellos no tengan comunión con incrédulos e idólatras.*

Vv. 1—10. El evangelio es una palabra de gracia que suena en nuestros oídos. El día del evangelio es un día de salvación, el medio de gracia es el medio de salvación, el ofrecimiento del evangelio es la oferta de la salvación, y la época presente es el tiempo apropiado para aceptar tales ofrecimientos. El mañana no es nuestro: no sabemos qué será mañana ni dónde estaremos. Ahora disfrutamos un día de gracia; entonces, seamos cuidadosos para no rechazarlo. Los ministros del evangelio deben considerarse como siervos de Dios y actuar en todo en la forma conveniente a ese carácter. El apóstol lo hizo así, por mucha paciencia en las aflicciones, actuando sobre la base de buenos principios, y con el debido carácter y conducta. Los creyentes de este mundo necesitan la gracia de Dios para armarse contra las tentaciones y para soportar la buena opinión de los hombres sin enorgullecerse; y para sufrir con paciencia sus reproches. Ellos nada tienen en sí mismos, pero poseen todas las cosas en Cristo. —De tales diferencias está hecha la vida del cristiano, y a través de tal variedad de condiciones e informes, va nuestro camino al cielo; debemos tener cuidado para presentarnos a Dios aprobados en todas las cosas. El evangelio mejora la condición de hasta el más mísero cuando es predicado fielmente y recibido por completo. Ellos ahorran lo que antes gastaban alocadamente, y emplean con diligencia su tiempo en propósitos útiles. Ellos ahorran y ganan por la religión y, de este modo, son enriquecidos, para el mundo venidero y para este, cuando se les compara con su estado pecador disipado de antes que recibieran el evangelio.

Vv. 11—18. Malo es que los creyentes se junten con los malos y profanos. La palabra incrédulo se aplica a todos los desposeídos de la fe verdadera. Los pastores verdaderos advertirán a sus amados hijos del evangelio a no unirse en yugo desigual. Los efectos fatales de rechazar los preceptos de las Escrituras acerca de los matrimonios se notan claramente. En lugar de ayuda idónea, la unión trae una trampa. Los que tienen la cruz de estar unidos desigualmente, sin que sea su falta voluntaria, pueden esperar consuelo bajo ella, pero cuando los creyentes establecen estas uniones, contrarias a las expresas advertencias de la palabra de Dios, deben esperar mucha angustia. —La cautela se extiende también a la conversación corriente. No debemos entablar amistad ni familiaridad con hombres malos e incrédulos. Aunque no podemos evitar por completo ver y oír, y estar con los tales, nunca debemos, no obstante, elegirlos como amigos. No debemos corrompernos juntándonos con quienes se contaminan a sí mismos con pecado. Salid de en medio de los hacedores de iniquidad, y apartaos de sus placeres y empresas vanas y pecaminosas; de toda conformidad a las corrupciones de este mundo presente. Si es un privilegio envidiado ser hijo o hija de un príncipe terrenal, ¿quién puede expresar la dignidad y la felicidad de ser hijos e hijas del Todopoderoso?

CAPÍTULO VII

Versículos 1—4. *Una exhortación a la santidad, y toda la Iglesia llamada a tener afecto por el apóstol. 5—11. Se regocijaba en que ellos se entristecieran para arrepentimiento, 12—16. y en el consuelo que ellos y Tito tuvieron juntos.*

Vv. 1—4. Las promesas de Dios son razones fuertes para que nosotros busquemos la santidad; debemos limpiarnos de toda inmundicia de carne y espíritu. Si esperamos en Dios como Padre nuestro, debemos procurar ser santos como Él es santo, y perfectos como nuestro Padre celestial. Su sola gracia, por la influencia de Su Espíritu, puede purificar, pero la santidad debe ser el objetivo de nuestras oraciones constantes. —Si se considera despreciables a los ministros del evangelio, se corre el peligro de despreciar también el mismo evangelio; y aunque los ministros no deben halagar

a nadie, sin embargo, deben ser amables con todos. Los ministros pueden buscar estima y favor cuando pueden exhortar a la gente con la seguridad de no haber corrompido a ningún hombre con falsas doctrinas ni discursos engañosos; de no haber defraudado a nadie; ni procurado promover sus propios intereses en menoscabo de alguien. Era el afecto por ellos lo que hizo hablar tan libremente al apóstol y gloriarse de ellos, en todas partes y en todas las ocasiones.

Vv. 5—11. Había luchas externas o contiendas continuas con judíos y gentiles, y resistencia de parte de éstos; y había temores por dentro, y gran preocupación por los que habían abrazado la fe cristiana. Pero Dios consuela a los que están abatidos. Debemos mirar a Dios, por encima y más allá de todos los medios e instrumentos, porque Él es el Autor de todo consuelo y bien que disfrutamos. La tristeza según la voluntad de Dios, que es para la gloria de Dios, y la obra del Espíritu de Dios, vuelve al corazón, humilde, contrito, sumiso, dispuesto a mortificar todo pecado, y a caminar en la vida nueva. Este arrepentimiento está relacionado con la fe salvadora en Cristo y con un interés en su expiación. Hay una gran diferencia entre esta tristeza de buena clase y la tristeza del mundo. — Se mencionan los felices frutos del arrepentimiento verdadero. Donde el corazón está cambiado, serán cambiadas la vida y las acciones. Produjo indignación con el pecado, consigo mismo, con el tentador y sus instrumentos. Produjo temor para velar y un cauto temor del pecado. Produjo deseo de ser reconciliados con Dios. Produjo celo por el deber y contra el pecado. Produjo venganza contra el pecado y contra la propia necedad de ellos, mediante esfuerzos por satisfacer los daños ocasionados. La humildad profunda antes Dios, el odio de todo pecado, con fe en Cristo, el nuevo corazón y la vida nueva, constituyen el arrepentimiento para salvación. Que el Señor lo conceda a cada uno de nosotros.

Vv. 12—16. El apóstol no se decepcionó por ellos, lo que dijo a Tito, y pudo declarar, con gozo, la confianza que tenía en ellos para el tiempo venidero. Véase aquí los deberes del pastor y de su rebaño; estos deben alivianar los problemas del oficio pastoral, por medio del respeto y la obediencia; el primero debe dar una respuesta adecuada por medio del cuidado hacia ellos, y con su preocupación por ellos y su aprecio por el rebaño con testimonios de satisfacción, gozo y ternura.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *El apóstol les recuerda la ofrenda para los santos pobres.* 7—9. *Hace cumplir esto por las donaciones de ellos, y por el amor y la gracia de Cristo.* 10—15. *Por la voluntad que habían mostrado para esta buena obra.* 16—24. *Les encomienda a Tito.*

Vv. 1—6. La gracia de Dios debe reconocerse como raíz y fuente de todo bien en nosotros, o hecho por nosotros, en todo momento. Gran gracia y favor de Dios es que seamos útiles para el prójimo y el progreso de cualquier obra buena. Elogia la caridad de los macedonios. Lejos de necesitar que Pablo los exhortara, le rogaron que recibiera la dádiva que le enviaron. —Cualquiera sea la cosa que usemos o dispongamos para Dios, tan sólo es darle lo que es suyo. Todo lo que demos para fines caritativos no será aceptado por Dios, ni será para ventaja nuestra, a menos que, primero, nos demos nosotros mismos al Señor. Atribuyendo a la gracia de Dios todas las obras realmente buenas, no sólo le damos la gloria a quien corresponde, sino también, mostramos a los hombres dónde está su fuerza. El gozo espiritual abundante ensancha los corazones de los hombres en el trabajo y la obra de amor. ¡Qué diferente es esto de la conducta de quienes no se unirán a ninguna buena obra a menos que se les exija!

Vv. 7—9. La fe es la raíz; y sin fe es imposible agradar a Dios, Hebreos xi, 6, de modo que los que abundan en fe, abundarán también en otras gracias y buenas obras. Esto obrará y se notará por el amor. Los grandes habladores no siempre son los mejores hacedores; pero los corintios fueron diligentes en el hacer, así como en el saber y en el hablar bien. El apóstol les desea que, a todas

estas cosas buenas, también agreguen esta gracia: abundar en caridad para los pobres. —Los mejores argumentos de los deberes cristianos se extraen de la gracia y del amor de Cristo. Aunque era rico, siendo Dios, igual en poder y gloria con el Padre, no sólo se hizo hombre por nosotros; también se hizo pobre. Al fin, se despojó a sí mismos, como si se vaciara, para rescatar las almas de ellos por su sacrificio en la cruz. ¡Bendito Señor, de qué riquezas te rebajaste, por nosotros, a qué pobreza! ¡Y a qué riquezas nos elevaste por medio de tu pobreza! Nuestra dicha es estar totalmente a tus órdenes.

Vv. 10—15. Los buenos propósitos son como los brotes y los capullos, agradables de ver y dan esperanzas de buen fruto, pero se pierden y nada significan sin buenas obras. Los buenos comienzos están bien; pero perdemos el beneficio si no hay perseverancia. Cuando los hombres se proponen lo bueno, y se esfuerzan, conforme a su habilidad a hacerlo, Dios no los rechazará por lo que no puedan hacer. Sin embargo, esta Escritura no justifica a quienes piensan que basta con tener buenas intenciones, o que los buenos propósitos y la sola confesión de una mente dispuesta son suficientes para salvar. —La providencia da más de las cosas buenas de este mundo a unos que a otros, para que los que tienen abundancia puedan suplir al prójimo lo que le falta. La voluntad de Dios es que haya una cierta medida de igualdad por medio de nuestra mutua provisión; no que haya una igualdad tal que destruya la propiedad, porque, en ese caso, no se podría ejercer la caridad. Todos deben considerar que les concierne aliviar a los desposeídos. Esto se muestra en la recogida y la entrega del maná en el desierto, Éxodo xvi, 18. Los que tienen más de este mundo, no tienen más que alimento y vestido; y los que tienen poco de este mundo, rara vez se hallan completamente desprovistos de esas cosas.

Vv. 16—24. El apóstol elogia a los hermanos enviados a reunir la ofrenda de amor de ellos, para que se supiera quiénes eran, y con cuánta seguridad se podía confiar en ellos. Deber de todos los cristianos es actuar con prudencia para evitar, en lo que podamos, toda sospecha injusta. En primer lugar, es necesario actuar rectamente ante Dios, pero las cosas honestas ante los hombres también deben recibir atención. El carácter puro y la conciencia limpia son un requisito para ser útiles. Ellos dieron gloria a Cristo como instrumentos y obtuvieron honra de Cristo por ser contados como fieles, y ser empleados en su servicio. La buena opinión que el prójimo tenga de nosotros, debiera ser un argumento para que nosotros hagamos el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. La razón de enviar a Tito a buscar las ofrendas. 6—15. Los corintios tienen que ser generosos y alegres.—El apóstol agradece a Dios por su don inefable.

Vv. 1—5. Cuando queremos que los demás hagan el bien, debemos actuar prudente y tiernamente con ellos, y darles tiempo. Los cristianos deben considerar lo que es para el pretigio de la fe que profesan, y deben esforzarse por adornar en todas las cosas la doctrina de Dios, su Salvador. El deber de ministrar a los santos es tan claro que puede parecer que no es necesario exhortar a los cristianos al respecto; sin embargo, el amor propio contiene con tanto poder contra el amor de Cristo, que suele ser necesario estimular sus mentes por medio del recuerdo.

Vv. 6—15. El dinero donado con caridad puede parecer tirado a la basura para la mente carnal, pero cuando se da sobre la base de los principios apropiados, es semilla sembrada de la cual puede esperarse un valioso incremento. Hay que dar con cuidado. Las obras de caridad, como todas las demás buenas obras, deben hacerse de manera reflexiva e intencionada. La debida reflexión sobre nuestras circunstancias, y la de aquellos a quienes vamos a socorrer, orientará nuestras dádivas al servicio de la caridad. La ayuda debe darse con generosidad, sea más o menos, no con renuencia, sino con alegría. Mientras algunos desparraman y aun así crecen, otros retienen más de lo que se ve

y eso lleva a la pobreza. Siuviésemos más fe y amor desperdiciaríamos menos en nosotros mismos, y sembraríamos más con la esperanza de un crecimiento abundante. —¿Puede un hombre perder haciendo aquello con que Dios se agrada? Él puede hacer que toda la gracia abunde para con nosotros, y que abunde en nosotros; puede dar un gran crecimiento de las buenas cosas espirituales y de las temporales. Puede hacer que tengamos suficiente en todas las cosas y que nos contentemos con lo que tenemos. Dios no sólo nos da bastante para nosotros mismos, sino además para que podamos suplir con ello las necesidades del prójimo, y esto debe ser como semilla para sembrar. Debemos mostrar la realidad de nuestra sujeción al evangelio por las obras de caridad. Esto será para mérito de nuestra confesión y para la alabanza y la gloria de Dios. Propongámonos imitar el ejemplo de Cristo, sin cansarnos de hacer el bien, y considerando que es más bienaventurado dar que recibir. —Bendito sea Dios por el don inefable de su gracia, por la cual capacita e inclina a algunos de su pueblo a dar a los demás, y a otros a estar agradecidos por ello; y bendito sea para toda la eternidad su glorioso nombre por Jesucristo, el don de valor inapreciable de su amor, por medio del cual estas y todas las otras cosas, que pertenecen a la vida y la piedad, nos son dadas gratuitamente, más allá de toda expresión, medida o límite.

CAPÍTULO X

Versículos 1—6. *El apóstol establece su autoridad con mansedumbre y humildad.* 7—11. *Razona con los corintios.* 12—18. *Busca la gloria de Dios, y ser aprobado por Él.*

Vv. 1—6. Mientras otros tenían en menos al apóstol, y hablaban de él con escarnio, él pensaba y hablaba humildemente de sí. Debemos estar conscientes de nuestros males y pensar humildemente de nosotros, aunque los hombres nos lo reprochen. —La obra del ministerio es una guerra espiritual contra los enemigos espirituales y con objetivos espirituales. El poder exterior no es el método del evangelio, sino las persuasiones sólidas, por el poder de la verdad y la mansedumbre de la sabiduría. La conciencia es responsable de rendir cuentas sólo a Dios; y a la gente se la debe convencer sobre Dios y su deber, sin forzarlos. De este modo, son muy poderosas las armas de nuestra milicia; la evidencia de la verdad es convincente. ¡Qué oposición se hace contra el evangelio, por parte de los poderes del pecado y de Satanás en los corazones de los hombres! Pero véase la victoria que obtiene la palabra de Dios. Los medios señalados, por débiles que puedan parecerles a algunos, serán poderosos por medio de Dios. La predicación de la cruz hecha por hombres de fe y oración siempre ha resultado fatal para la idolatría, la impiedad y la maldad.

Vv. 7—11. Pablo era vil y despreciable a ojos de algunos, en cuanto a su apariencia externa, pero esta era una regla falsa para juzgar. No debemos pensar que nadie, salvo nosotros, pertenece a Cristo. No miremos las cosas por su apariencia externa, como si la falta de tales cosas demostrara que un hombre no es un cristiano real, o un ministro fiel y capaz del humilde Salvador.

Vv. 12—18. Si nos comparáramos con quienes nos superan, eso sería un buen método para mantenernos humildes. El apóstol se establece una buena regla de conducta, a saber, no jactarse de cosas sin su medida, que fue la medida que Dios le asignó a él. No hay fuente de error más fructífera que juzgar a las personas y las opiniones por nuestros propios prejuicios. ¡Qué común es que las personas juzguen su propio carácter religioso por las opiniones y las máximas del mundo que los rodea! ¡Pero qué diferente es la regla de la palabra de Dios! De todo el halago, el peor es el halago de sí mismo. Por tanto, en vez de alabarnos a nosotros mismos, debemos esforzarnos por ser aprobados por Dios. En una palabra, gloriémonos en el Señor nuestra salvación, y en todas las demás cosas sólo como pruebas de su amor, o como medios de fomentar Su gloria. En lugar de alabarnos nosotros mismos, o de buscar la alabanza de los hombres, deseemos sólo la honra que procede de Dios.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *El apóstol da sus razones para hablar recomendándose a sí mismo. 5—15.*

Muestra que ha predicado gratuitamente el evangelio. 16—21. Explica lo que iba a agregar en defensa de su carácter. 22—33. Rinde cuenta de sus trabajos, preocupaciones, sufrimientos, peligros y liberaciones.

Vv. 1—4. El apóstol deseaba resguardar a los corintios de ser corrompidos por falsos apóstoles. No hay sino un Jesús, un Espíritu y un evangelio para ser predicado y recibido por ellos; ¿por qué, debido a las invenciones de un adversario, debiera alguien formarse prejuicios contra él, que fue el primero en enseñarles en la fe? Ellos no deben escuchar a los hombres que, sin causa, los alejarán de quienes fueron el medio de su conversión.

Vv. 5—15. Es mucho mejor hablar con claridad, pero andando franca y coherentemente con el evangelio, que ser admirado por miles, henchirse de orgullo, como para desprestigiar el evangelio con malos temperamentos y vidas impías. El apóstol no quería dar lugar a que nadie lo acusara de intenciones mundanas al predicar el evangelio, para que otros que se le oponían en Corinto, no pudieran sacar ventaja contra él en este aspecto. Se puede esperar hipocresía especialmente cuando consideramos el gran poder que tiene Satanás sobre la mente de muchos, que manda en los corazones de los hijos de desobediencia. Como hay tentaciones a una mala conducta, así se corre un riesgo igual por el otro lado. Sirve asimismo el propósito de Satanás establecer las buenas obras en oposición a la expiación de Cristo, y a la salvación por fe y gracia. Pero al final se descubrirá a los que son obreros engañosos; su obra terminará en ruina. Satanás permitirá que sus ministros prediquen la ley o el evangelio por separado, pero la ley establecida por fe en la justicia y expiación de Cristo, y la participación de su Espíritu, es la prueba de todo sistema falso.

Vv. 16—21. Es deber y práctica de los cristianos humillarse y obedecer el mandamiento y el ejemplo del Señor; pero la prudencia debe dirigir en lo que sea necesario para hacer cosas que podemos hacer lícitamente, aun el hablar de lo que Dios ha obrado para nosotros, en nosotros y por nosotros. —Aquí se hace indudablemente una referencia a hechos en que se ha mostrado el carácter de los falsos apóstoles. Asombra ver cómo tales hombres llevan a la esclavitud a sus seguidores, y cómo los despojan y los insultan.

Vv. 22—33. El apóstol hace un relato de sus trabajos y sufrimientos, no por orgullo o vanagloria, sino para la honra de Dios, que le capacitó para hacer y sufrir tanto por la causa de Cristo; muestra en qué es superior a los falsos apóstoles que trataban de desprestigiar su carácter y su servicio. Nos asombra reflexionar en este relato sobre sus peligros, dificultades y sufrimientos, y observar su paciencia, perseverancia, diligencia, júbilo y utilidad, en medio de todas las pruebas. Véase cuán poca razón tenemos para amar la pompa y la abundancia de este mundo, cuando este bendito apóstol sufrió tantas penurias. Nuestra mayor diligencia y servicios parecen indignos de comentar cuando se comparan con los suyos, y nuestras dificultades y pruebas escasamente pueden notarse. Muy bien puede guiarnos a indagar si somos o no seguidores verdaderos de Cristo. Aquí podemos estudiar la paciencia, el valor y la confianza firme en Dios. Aquí podemos aprender a pensar menos en nosotros mismos, y siempre debemos mantenernos estrictamente en la verdad, como en la presencia de Dios, y debemos referir todo a su gloria, como Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito para siempre.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Las revelaciones del apóstol. 7—10. Las cuales fueron utilizadas para su*

provecho espiritual. 11—21. Las señales de apóstol estaban en él.—Su propósito de hacerles una visita, pero expresa su temor de tener que ser severo con algunos.

Vv. 1—6. No cabe duda que el apóstol habla de sí mismo. No sabe si las cosas celestiales descendieron hacia él mientras su cuerpo estaba en trance, como en el caso de los antiguos profetas; o si su alma fue desalojada momentáneamente del cuerpo y llevada al cielo, o si fue llevado en cuerpo y alma. No podemos, ni es propio que lo sepamos aún conocer los detalles de este glorioso lugar y estado. No intentó publicar al mundo lo que había escuchado allá, pero expone la doctrina de Cristo. La Iglesia se edifica sobre ese cimiento, y sobre él debemos edificar nuestra fe y esperanza. Mientras esto nos enseña a mejorar nuestras expectativas de la gloria que será revelada, debe dejarnos contentos con los métodos habituales de conocer la verdad y la voluntad de Dios.

Vv. 7—10. El apóstol narra el método que Dios asumió para mantenerlo humilde y para evitar que se exaltara desmedidamente por las visiones y revelaciones que tenía. No se nos dice qué era ese aguijón en la carne, si era un problema enorme o una tentación inmensa. Pero Dios suele sacar bueno de lo malo para que los reproches de nuestros enemigos nos protejan del orgullo. Si Dios nos ama, evitará que nos exaltemos desmedidamente; las cargas espirituales están ordenadas para curar el orgullo espiritual. Se dice que este aguijón en la carne era un mensajero que Satanás envió para mal, pero Dios lo usó y lo venció para bien. La oración es un ungüento para toda llaga, remedio para toda enfermedad, y cuando estamos afligidos con agujones en la carne, debemos entregarnos a la oración. Si no se contesta la primera oración, ni la segunda, debemos seguir orando. Los problemas son enviados para enseñarnos a orar; y siguen para enseñarnos a insistir en la oración. — Aunque acepta la oración de fe, aun así no siempre Dios da lo que se le pide: porque, como a veces concede con ira, también, niega con amor. Cuando Dios no quita nuestros problemas y tentaciones, pero nos da gracia suficiente para nosotros, no tenemos razón para quejarnos. La gracia significa la buena voluntad de Dios para con nosotros, y eso es suficiente para iluminarnos y vivificarnos, suficiente para fortalecernos y consolarnos en todas las aflicciones y angustias. Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. De esta manera, su gracia se manifiesta y magnifica. Cuando somos débiles en nosotros mismos, entonces somos fuertes en la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Si nos sentimos débiles en nosotros mismos, entonces vamos a Cristo, recibimos poder de Él y disfrutamos más las provisiones del poder y la gracia divina.

Vv. 11—21. Tenemos como deuda con los hombres buenos la defensa de su reputación; y tenemos la obligación especial hacia ellos, de quienes recibimos beneficios, en especial los beneficios espirituales, de reconocerlos como instrumentos para nuestro bien en la mano de Dios. He aquí el relato de un ministro fiel del evangelio. Esto era su gran mira e intención: hacer el bien. Notemos aquí diversos pecados que corrientemente se hallan en los que profesan la religión. Las caídas y las malas obras son humillantes para un ministro, y a veces, Dios toma este camino para humillar a los que pudieran ser tentados a enaltecerse. Estos últimos versículos muestran a qué excesos habían desviado los falsos maestros a sus engañados seguidores. ¡Qué penoso es que tales males se hallen entre los que profesan el evangelio! Pero así es y así ha sido con demasiada frecuencia, y así era aun en la época de los apóstoles.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *El apóstol amenaza a los ofensores obstinados.* 7—10. *Ora por su reforma.* 11—14. *Y termina la epístola con un saludo y una bendición.*

Vv. 1—6. Aunque el método de la gracia de Dios es soportar por mucho tiempo a los pecadores, no siempre tolera; finalmente vendrá y no perdonará a los que siguen obstinados e impenitentes. Cristo

en su crucifixión parecía solamente un hombre débil e indefenso, pero su resurrección y su vida demostraron su poder divino. Así los apóstoles, por más viles y despreciables que parecieran ante el mundo, como instrumentos manifestaban, no obstante, el poder de Dios. —Prueben ellos sus temperamentos, conducta y experiencia, como el oro es probado o ensayado por la piedra de toque. Si podían demostrar que no eran réprobos, que no eran rechazados por Cristo, confiaba que sabrían que él no era un réprobo ni un desconocido de Cristo. Debían saber si Cristo Jesús estaba o no en ellos, por la influencia, la gracia y la morada de su Espíritu, por su reino establecido en sus corazones. Preguntemos a nuestras almas; somos cristianos verdaderos o somos engañadores. A menos que Cristo esté en nosotros por su Espíritu, y el poder de su amor, nuestra fe está muerta, y aún estamos reprobados por nuestro Juez.

Vv. 7—10. Lo más deseable que podemos pedir a Dios es ser resguardados del pecado, que ni nosotros y ni ellos hagamos el mal. Necesitamos mucho más orar para no hacer lo malo que para no sufrir el mal. El apóstol no sólo desea que sean guardados del pecado, pero también crezcan en gracia y santidad. Tenemos que orar fervientemente a Dios por aquellos a quienes amonestamos para que dejen de hacer el mal y aprendan a hacer el bien; hemos de alegrarnos por los otros que son fuertes en la gracia de Cristo, aunque puedan ser el medio de demostrarnos nuestra propia debilidad. Oremos también que podamos usar adecuadamente todos nuestros talentos.

Vv. 11—14. Aquí hay varias exhortaciones buenas. Dios es el Autor de la paz y el Amante de la concordia; Él que nos ha amado, y quiere estar en paz con nosotros. Que sea nuestra mira constante andar en tal forma que la separación de nuestros amigos sea sólo por un tiempo, y podamos reunirnos en aquel mundo dichoso donde no habrá separación. Desea que ellos participen de todos los beneficios que Cristo ha adquirido de su gracia y favor gratuitos; que se ha propuesto el Padre por su libre amor, y que el Espíritu Santo aplica y otorga.

Henry, Matthew